

FBI



MATANZA
INFERNA

ANGELO & TRIVARI

ANGELO DE TARTURIS

MATANZA INFERNAL



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1958
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

I



N cachalote mecánico se aproximaba al Círculo Polar, y doce esforzados cuidaban de que bucease a la mayor profundidad. La costra de hielo resultaba peligrosa, y mucho más las instalaciones de radar enemigas.

Era un comando en misión secreta. El jefe de la nave. —John Godson, veterano de valor y audacia increíbles— se limitaba a obedecer a un joven barbudo, de ropas zaleadas y grasientas, que en aquellos momentos se abstraía en el estudio de un mapa submarino.

En él, y con trazo rojo, destacaba un itinerario. Las zonas de distinto color azul correspondían a las profundidades del Ártico, y, destacando en el plano, se vela un doble círculo, límite de un lugar bien definido: Vorkuta, la Isla al sur de Nueva Zelanda y tapón natural del mar de Kara.

El hombre desharrapado, un activo miembro del
F. B. I.,

se recostó en un cajón de embalaje adosado a la pared metálica. Junto a él, sobre una mesita, había un tentador paquete de cigarrillos, pero no tomó ninguno. Siendo inveterado fumador, peleaba así contra su afán: ¡no podía ni debía fumar!

Recordaba su conversación de un mes antes, en Chicago, con Edgar Hoover, jefe del Federal Bureau of Investigation. Habían hablado en ruso, desdeñando el idioma patrio.

—La isla Vorkuta —había dicho Edgar— es el centro más avanzado de la investigación cósmica en el Ártico. Varios de nuestros agentes han desaparecido allí, y usted debe rescatarlos, si viven. ¡Deme los datos que conozca sobre «aquello»!

—Esa isla —empezó Dave Flescher, como el que recita una lección— fue explotada desde el tiempo de los Zares. Hace unos treinta años que la capital, Vorkuta —la ciudad del carbón— era apenas una factoría minera. Hoy debe tener unos cien mil habitantes y se sospecha que existan industrias bélicas en ella. Tiene su acceso natural por el norte del mar Blanco. Su extensión...

—Perfectamente, Dave —sonrió el Número Uno—. Tales nociones generales, sin saber que iba usted a ir destinado allá, bastan. Pasemos a otro punto.

Hoover tomó unos papeles que había sobre su mesa, cuyo estudio había suspendido al aparecer su ayudante, y les echó un vistazo antes de continuar:

—Tomará el mando del submarino
«L-37»,

de exploración. Se halla anclado en el estuario de Baychester, en New York, y posee una tripulación especial. ¡No podemos exponernos a un nuevo fracaso! Dirigirá las maniobras el comandante Godson, a sus órdenes.

—¿Cuándo hemos de zarpar? —preguntó Dave por todo comentario.

—Dentro de un par de días —contestó el jefe del
F. B. I.

—. Llévase estos datos, estúdielos por el camino y envíe por la emisora de a bordo cuántos informes pueda averiguar.

Flescher se levantó al ver que su jefe daba por terminada la

entrevista. Un apretón de manos selló la despedida.

—Es usted un gran transformista, Dave —le dijo mister Hoover, cuando ya caminaba hacia la calle—; pero recuerde que la mejor caracterización es la natural...

Siguiendo el consejo, el agente federal había empezado a seguirlo desde aquel punto y hora: no era lógico irrumpir en la isla como un yanqui en plan de turista. Trató de identificarse con su futuro papel de trabajador en las minas, y para ello nada mejor que seguir un progresivo ayuno y olvidarse del tabaco y el «*whisky*». La Naturaleza se encargaría del resto, dejando crecer su barba y acentuando su delgadez y mal color.

Ni siquiera se permitió el lujo del descanso. Dormía muy pocas horas, y lo hizo sin desnudarse ni cambiar de ropa: de haber parásitos a bordo, los hubiera acogido con verdadera satisfacción. Su gesto se hizo innecesariamente huidizo, dado que estaba entre amigos, y hablaba con la cabeza baja cuantas veces se veía obligado a ello. Parecía esperar en todo momento el golpe del látigo; sus uñas atesoraron muestras de suciedad, y su espalda empezó a habituarse a la curva de los esclavos.

Un día, un tripulante del
«L-37»

le sorprendió haciendo muecas ante un espejo.

—Creo —habló entre sus amigos— que ese hombre se va a volver estúpido de verdad...

Si Dave Flescher hubiese oído el comentario se habría mostrado satisfecho. ¡Sin reír, por supuesto! La risa es una expansión burguesa.

El submarino hizo su recorrido desde las costas americanas hasta el Cabo Norte, en Suecia, en menos de veinte días; pero hacía diez que navegaban a marcha lenta, emergiendo sólo por las noches para renovar el aire viciado. No interesaba utilizar las reservas de oxígeno hasta el último instante ni estropear con imprudencias la misión.

Por ello abandonaron el acceso natural de la isla por el oeste y bordearon Nueva Zelanda. Entontes, con los motores del submarino en ralentí, se dejaron sumir en el abismo.

A su alrededor, y navegando a cincuenta yardas bajo la superficie, la corriente arrastraba corpúsculos de hielo. Más arriba

era imposible avanzar: el mar aparecía completamente sólido. Gracias a los aparatos de control y exploración sabían dónde se hallaban con un error mínimo. En cuanto a seguridad, bajo la superficie de hielo tenían tanta como en el interior de una cámara acorazada.

Dave, que observaba el camino gracias a un reflector giratorio, veía agitarse en el agua multitud de pececillos y algunos mamíferos marinos. Unos habitantes de las profundidades se asustaban del sumergible, pero los más eran atraídos por aquella luz extraordinaria.

Era siempre de noche allí, bajo la costra helada. Ninguna claridad alumbró jamás el túnel por donde transitaban.

En la constante observación, Dave alcanzó a ver cosas inanimadas y absurdas.

—¡Cáscaras! —dijo, olvidando su mutismo.

—¿Qué? —preguntó Godson, doblemente extrañado.

Miró a su vez, tratando de averiguar lo que llamó la atención de su jefe, y vio que eran cáscaras, efectivamente, lo que flotaba entre dos aguas. Los peces se arrojaban con voracidad sobre los restos orgánicos, peleando entre sí ante el inopinado festín.

—Son mondaduras de patata, en efecto —dijo, observando el haz luminoso del reflector—. Creí que los rusos las comían sin pelar...

—Siempre se exagera algo —murmuró Flescher.

—¡Bueno! —resumió el comandante—. En realidad, el hallazgo no es demasiado notable ni debemos comunicarlo por radio.

Dave contestó, con voz carente de entonación:

—Tal vea no; pero seguiré la pista de esos desperdicios.

—Ello nos alejará de Vorkuta, amigo mío. Según los cálculos, faltan veinticinco millas para alcanzarla.

—Lo sé —contestó Flescher, suavemente—. ¡Ponga rumbo al Norte!

—¡O. K.! ¡Usted manda! Muchachos: ¡poned a media marcha los motores!

La voz de Godson sonó rotunda al dar las órdenes por teléfono. A poco, el suave zumbido de las dinamos repercutió en la nave submarina y el

«L-37»

viró para enfilear la corriente que arrastraba los desperdicios.

Dave, por su parte, se percató de que el hallazgo era extraordinario, tanto como para cambiar las órdenes recibidas.

No tenía nada de particular que las cáscaras hubieran sido arrojadas por seres humanos, pero «sí» que llegasen a ellos por el agua. Para eso fue necesario que atravesaran una corteza helada de enorme espesor, cuando podían ser abandonadas, simplemente, en la superficie.

La misma voracidad de los peces denunciaba que el vertedero no se hallaba lejos: en caso contrario, no hubieran llegado los restos allí.

El federal estaba facultado para obrar con plena autonomía. Si todos los caminos llevan a Roma, según el dicho popular, en el territorio que atravesaban cualquier azar podía conducirlos al éxito... ¡o a la muerte!

En el amplio ventanal de proa del submarino, y ayudado por el reflector gigante, Dave prosiguió sus pesquisas. Algunas manchas oleaginosas, pequeños fragmentos de trapos engrasados y otros detritus le afirmaron en su idea. El comandante Godson, a su lado, seguía atento a la maniobra.

Unos minutos más tarde había cambiado el panorama frente a ellos. Ya no se veían bloques más o menos gruesos de hielo. Ahora tenían ante sí un farallón macizo, que ascendía rotundo. No podían emerger porque se lo impedía la mole imponente.

—¡Parada máxima: quince minutos! —murmuró Godson por lo bajo.

—Mantenga el submarino estacionado entonces —contestó Dave, sin parar mientes en la ironía.

—Pero...

—Y sí es necesario, eche el ancla —machacó el federal, rotundo—. Podemos utilizar las reservas de oxígeno.

—A la orden —dijo el comandante, transmitiendo las instrucciones.

Durante un buen rato permanecieron los dos hombres en silencio, contemplando el panorama. Las algas medraban de precario en aquel conjunto de fantásticas siluetas y los pececillos pululaban Junto a una gran fisura de los hielos o se adentraban por ella.

—Su voracidad puede en algunos más que la aversión al aceite mineral —resumió, en voz alta, Flescher—. Si ellos esperan, nosotros aguardaremos también. Puede retirarse a descansar, Godson —añadió—; yo vigilaré.

—¿Es una orden, señor? —preguntó el celoso marino.

—¡Nada de eso! —contestó Dave—. Su compañía me es muy grata, aunque no lo demuestre con sonrisas.

El otro dio un suspiro, que suavizó la tensión.

—En ese caso, esperaré yo también —dijo—. ¡Como los peces!

No Fue necesario aguardar mucho, porque algo galvanizó el interés de ambos hombres y sus nervios. A favor de la corriente de agua —densa— flotaba un objeto...

Parecía una visión de pesadilla: ¡rodeado de harapos, como ese liquen que se adhiere a los árboles, acudía hacia ellos un ser humano, muerto!

Un aluvión de pececillos se precipitó sobre él. Semejaron cubrirle con una mortaja, negra y bullente, ávidos de saciar sus ansias necrófagas. Una turbamulta de carnívoros se precipitó sobre la osamenta.

El cadáver avanzaba en derechura hacia el submarino. Segundos después Fue a estrellarse contra el cristal de proa, y los dos hombres se estremecieron de horror. El despojo parecía dotado de un afán maligno y hubo un instante en que el comandante Godson —de probado temple— lanzó una exclamación. Sus nudillos blanquearon al oprimir los mandos de la nave.

¡Las cuencas vacías se fijaron en él! La masa de peces se apartó un tanto al recibir el choque y se pudo contemplar con toda su intensidad dramática el despojo. Luego, la osamenta osciló a un lado y se perdió en la negrura.

Godson se pasó una mano per la frente.

—Como representación trágica, no ha estado mal —suspiró—; pero a ese desdichado actor le faltaba algo. Para el mutis, me refiero.

—Ya lo observé —dijo Flescher—. ¡Los pies! ¿No le sugiere nada eso, amigo mío?

—Pues... ¡no lo sé! —contestó el aturdido comandante—. En tal estado de descomposición es posible que se desprendieran...

—Del lastre con que debieron arrojarle al agua —completó Dave

—. Cueste lo que cueste, debemos avanzar por esa sima.

Godson objetó, enérgico:

—¡Imposible! No tiene anchura suficiente para dar la vuelta, y quedaríamos bloqueados, sin poder dar marcha atrás ni hacer la maniobra de regreso. ¡Me niego a ello, al menos bajo mi responsabilidad!

Al decir así soltó los mandos, y el submarino cabeceó. Automáticamente, Godson volvió a recuperar el control de la nave y de sus nervios.

—¡Comprenda, Flescher! —se explicó—. No me opongo a avanzar temiendo por el submarino ni por nuestras vidas. ¡Se trata de los muchachos! Le debo a usted obediencia absoluta, pero no me pida «eso».

El federal no contestó en un buen rato. Cuando lo hizo, su voz era reposada y serena; diametralmente opuesta al balbuceo de Godson.

—Escúcheme —dijo—: no voy a recriminarle. En realidad, el único culpable aquí soy yo, que decido apartarme de la orden de explorar la isla Vorkuta, varias millas al Sur. Si usted me encierra en un calabozo, nadie le reprochará por ello.

El comandante no estudió siquiera tal posibilidad.

—Jamás lo haría —confesó—. Usted se halla dotado de una maravillosa intuición y barrunta algo horrible, de lo que acabamos de ver una pequeña muestra. Con errores o sin ellos, es el amo a bordo y mi obligación es obedecerle.

Dave suspiró, a su vez.

—Entonces —dijo—, estudiemos el asunto. Tenerlos frente a nosotros una fisura artificial, formada en el hielo por el escape de aguas templadas. De algún sitio salen a más elevada temperatura... ¿Estamos?

—No cabe duda —contestó Godson.

—Pues bien: ¡esas aguas tienden a enfriarse al contacto de las otras! Por consiguiente, la abertura en los hielos será mayor si avanzamos, hacia la zona térmica. ¡Le garantizo que esa grieta no puede estrecharse más adelante, sino aumentar! Lo que contemplamos es el fin de un embudo, y vamos a explorar su boca.

A pesar de los sólidos argumentos de Flescher, el comandante vacilaba aún. No por temor personal, ya lo había dicho, sino por el

pánico que le causaba arriesgar la vida de la tripulación, que seguiría sus órdenes sin un titubeo.

—Tiene que haber otra posibilidad —murmuró—. Tal vez bordeando ese macizo...

—Hay otra, en efecto —aseguró el joven—. Que yo, provisto de una escafandra, explore esa sima avanzando por el fondo. ¡Disponga lo necesario, Godson!

La voz de Flescher había vuelto a sonar autoritaria, y en los ojos grises del agente brillaban, hermanadas, la firmeza y la convicción.

El comandante del submarino chascó los labios con fuerza, como si las últimas vacilaciones se hubieran roto en su interior, y transmitió por teléfono las órdenes necesarias. Fueron éstas poner en funcionamiento los motores a la velocidad mínima.

La mano de Flescher buscó la suya y sintió una ligera presión.

—He pensado tanto como usted en los tripulantes, John —dijo el federal, usando, por primera vez, su nombre de pila—. Resulta que antes que ellos hay otros en América que esperan... ¡y son los hijos de todos ustedes!

El submarino se puso en movimiento y el comandante izó, cuanto pudo la nave al enfilar hacia la oquedad: el agua caliente pesa menos que la fría. Rozando la tapa de hielo, perfectamente lisa por el contacto tibio, disfrutaban de una mayor amplitud de maniobra.

Había algunas revueltas en aquel callejón, pero las curvas estaban suavizadas y sin aristas. Como Dave había pronosticado, el camino se ensanchaba progresivamente. Godson suspiró, una vez más, al comprobar que no les sería difícil dar la vuelta y retroceder hacia el mar abierto.

—Baje ahora cuanto le sea posible —aconsejó Flescher—. El hielo que hay sobre nuestras cabezas puede ser transparente, y no es cosa de que nosotros mismos avisemos a los de arriba que venimos a hacerles una visita.

—Visitantes de medianoche —dijo Godson, riendo.

Había recuperado el buen humor, pero aún le esperaban minutos de angustia. Siguiendo la sugerencia de Dave, dirigió el submarino hacia el fondo, siempre guiado por el haz luminoso del reflector. Las aguas se iban ennegreciendo debido a una cantidad de grasa y suciedad crecientes. Apenas el chorro eléctrico podía atravesar las

tinieblas de la sima, y de pronto...

—Me es imposible avanzar —gritó Godson—. ¡Es demasiado horrible!

Flescher había palidecido también.

—Entonces, detenga la marcha y pose el submarino en el suelo.

—¿En medio de ese escalofriante bosque? —preguntó el comandante, con un hilo de voz.

—¡Sí, por cierto! —Fue la respuesta—. Hay que investigar: hemos venido a eso.

—¿Ahí? ¿Bajar ahí? —repitió Godson, señalando «aquello».

—Me parece que existe menos peligro que arriba. ¿No cree?

Lo que llenaba de horror al comandante no era propiamente un conjunto vegetal, pero lo parecía. Sus «ramas» se balanceaban suavemente al ligero movimiento del agua. Habla docenas y cientos de ejemplares, sólidamente amarrados al fondo con raíces de hierro. Los peces, como siniestros murciélagos, merodeaban a su alrededor.

¡Estaban en un bosque de muertos! Docenas de esqueletos, de seres arrojados al agua, agitaban patéticamente sus brazos desprovistos de carne, sus cabezas mondas y sus harapos...

—No son más que restos humanos, John —habló Dave, tomando de una mano al comandante y sacudiéndole con rudeza—. Usted ha tenido que ver muchos en la pasada contienda, y algunos de esos infelices pueden haber sido compatriotas nuestros. ¡Piense en ello!

El comandante obedeció, tenso. Al posarse el
«L-37»

en un infierno de fango —piadoso telón que les zafaba del pánico— ahuecó el pecho y se apartó del tétrico mirador. Al llegar a su cámara se sirvió una buena dosis de «*whisky*». Dave le seguía.

—Sé que usted también lo necesita. Flescher —invitó Godson—. ¿Quiere acompañarme?

El federal vaciló, para lanzar después una carcajada nerviosa y desapacible.

—No puedo hacerlo —dijo—. Si fuera «vodka»... El olor de nuestro «*whisky*» es característico y... ¡he de salir afuera!

La botella de licor escapó de manos del comandante.

—¿Piensa hacer, de veras, lo que dice? ¡Usted no es humano!

—Debo subir —repitió Dave, sin entonación—. Necesito saber lo que se oculta en estos parajes.

—Hay encima de nosotros una coraza de hielo de gran espesor...
—objetó Godson—. Retrocedamos por el callejón y encontraré el camino hacia la superficie. ¡Conozco exactamente la situación del submarino!

El federal atajó aquel chorro de iniciativas piadosas:

—Parece olvidarse usted, John, del pozo por donde arrojan los desperdicios. Si «ellos» pueden bajar, yo usaré el mismo camino a la inversa.

El comandante no hizo más objeciones, y como Flescher no bebía sirvió para sí otra ración de «*whisky*». Tocó después un silbato para llamar a sus hombres y todos ellos se reunieron a su alrededor.

—Hijos míos —dijo, mostrando la botella—: el «*whisky*» está prohibido en actos de servicio, y yo acabo de beber. Os invito a que lo hagáis vosotros también, «como medicina». Luego conviene que echéis un vistazo por el mirador de proa. El que no se desmaye..., ¡que vuelva!

Ante tan peregrino anuncio, los tripulantes no pudieron contener la curiosidad. Varios de ellos se precipitaron a mirar, y otros, más prudentes, bebieron antes. Al cabo de unos minutos, todos estaban de vuelta, y varias botellas más fueron descorchadas.



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

**F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORTABLES
WALT DISNEY**

II



ENTRO de un compartimiento estanco del submarino, y mediante una pequeña abertura automática, los seis arriesgados expedicionarios advinieron que el agua iba cubriendo sus cuerpos. Estaban protegidos por «monos» de lona de cierre hermético, termógenos, y lastrados con botas de suela de plomo. Cubiertas las cabezas con escafandras, pronto notaron que la densidad del líquido les permitía mayor soltura de movimientos.

Cuando el compartimiento estuvo inundado por completo, salieron al exterior, adosando una escalerilla de hierro de anchos peldaños. Avanzaron amparados por la luz del reflector, y uno solo de los hombres volvió la cabeza para contemplar al «L-37»,

nodriza metálica que les garantizaba la libertad y la vida.

A poco empezaron su tarea entre los muertos, y para ello

oprimieron el interruptor que hacía brotar de lo alto de sus cascos de vidrio un chorro luminoso. Se trataba de averiguar si entre los despojos existía el de algún compatriota o si poseían sobre sí datos de identificación.

¡Terrible labor registrar a seres que se desarticulaban al menor contacto!

Centenares de fragmentos óseos yacían por doquier, formando un empedrado siniestro. El légamo del fondo, agitado sin cesar, tapaba la visión y habían de permanecer detenidos hasta que la nube negra se diluía. Algunos peces, acostumbrados al festín humano, los atacaban con inofensivos bocados.

Tres de los hombres permanecían ajenos a la labor, sujetando una boya provista de escala de cuerda. Cuando vieron la señal que les hizo el comandante, siguieron al grupo, avanzando hacia un lugar menos oscuro que se divisaba no lejos de allí.

Alzando la cabeza llegaron a distinguir, muy alta, una especie de claraboya luminosa. Apenas apreciable era, no obstante, indicación de un camino hacia el aire puro y el tibio sol.

Con un apretón de manos a Godson, el federal se agarró a la boya, afirmó los pies en uno de los travesados de la escala, y dio la señal. Los tres robustos marinos fueron soltando el inmenso rollo de escala, mientras que el propio comandante sujetaba en las manos la cuerda de señales y Dave ascendía. Una serie de tirones, convenidos de antemano, indicarían la maniobra subsiguiente.

Así y hacia arriba marchó el osado aventurero, como arrastrado por una cometa gigante y pasajero único de un globo sin barquilla. Bajando los ojos hacia el fondo, observó los reflectores de sus amigos. Cada vez menos luminosos, fueron absorbidos al fin por la masa de agua.

Al notar que la luz exterior aumentaba, apagó Dave el suyo y tiró de la cuerda que sujetaba en la mano.

La marcha ascendente se hizo más lenta, y la claridad a su alrededor aumentó. Según sus cálculos tenían que ser las últimas horas de la tarde en la superficie exterior, y faltaba poco para el crepúsculo. Quedaría, no obstante, la suave claridad ártica, que no desaparece en seis meses del año, y suficiente para explorar tierras extrañas y hostiles.

La temperatura del agua era más cálida a cada instante. Lo

notaba el explorador a través de la tela Impermeable; pero sacó un termómetro de su bolsillo para controlarla. Sonó un silbido de admiración dentro del casco vítreo que protegía su cabeza.

—Cuarenta grados centígrados en el Polo es una buena temperatura —murmuró Dave—. No es de extrañar que los hambrientos peces no suban hasta aquí...

¡Lástima que el equipo no dispusiera de fono-radio, para comunicar a Godson las impresiones! A punto de emerger del agua, el federal dio un tirón más fuerte, que fue obedecido inmediatamente. La boya quedó inmóvil a pocas yardas de la superficie, suficientes para que el movimiento de las mareas no la dejasen al descubierto. El joven echó mano a la cremallera que cerraba su traje impermeable, y lo abrió con ademán decidido. Luego se desprendió del casco y las botas de plomo, dejándolo ir todo hacia abajo.

La primera impresión sentida fue de calor sofocante. Abandonando la boya y su escala, Dave se alejó de allí con firmes brazadas.

Cuando salió del agua, el intenso frío le hizo daño, por contraste. Apretó los dientes, para evitar que castañeteasen, y lanzó un vistazo al desolado paisaje.

¡Por unos instantes sintió terrible depresión, y no era para menos!

A la débil luz crepuscular se ofreció a sus ojos un paisaje dantesco: una inmensa llanura —salpicada de lomas y montículos— cubierta de nieve. La refracción le hizo cerrar los párpados, y luego los abrió desorbitadamente al volverse y contemplar la construcción que tenía frente a sí, a menos de doscientas yardas.

Parecía una pintura surrealista, la elucubración de un artista loco. Tal vez una escenografía para un cuento de trastos y aparecidos; algo tan desolado y tétrico como el paisaje submarino que acababa de pisar.

De la llanura blanca, en la que al fondo se advertían algunas chozas miserables, se erguía un conjunto parecido a un edificio medieval. Sus altas torres se perdían en la penumbra erizadas de almenas, como dientes de piedra a punto de morder. Delante de una puerta inmensa, cerrada, un centinela vigilaba a la vez el castillo y el foso.

No se advertía explicación aparente del calor de las aguas, pero Dave imaginó la razón: en aquella fortaleza tenía que existir maquinaria, dedicada a elaborar algo secreto. El escondite era ideal, y el líquido refrigerante sería lanzado, hacia las profundidades, por un vertedero artificial o que databa de siglos.

Los dientes del agente secreto entrechocaban con fuerza, y no de pavor. Con las ropas empapadas, y a más de treinta grados bajo cero, sus harapos se habían acartonado. Tanto le daba estar allí como en el interior de una frigorífica, pues el aliento se congelaba al salir de su boca y formaba agujas de hielo en su barba y bigote.

No había sido advertida su presencia: el centinela que permanecía en la garita, junto a una hoguera, no dio señales de atención. Aquel fuego hizo al americano dirigirse a él, como la aguja imantada de una brújula hacia el Norte.

Sonrió amargamente al recordar que no llevaba armas de ninguna clase, ni siquiera un anillo, reloj o documentos. Sus bolsillos estaban completamente vacíos, y debía luchar. ¡Tenía que hacerlo, imperiosamente, si quería salvar su vida!

Avanzó dando un rodeo, pisando dentro de sus botas un bloque compacto de hielo. No podía mover los dedos de los pies, que se hallaban encerrados en un cepo de agua sólida, y de no alcanzar pronto un lugar junto a la hoguera empezaría la gangrena.

Unas yardas antes de llegar a la garita, sintió moverse al centinela. No le extrañó haber sido descubierto, pues el crujido del hielo al pisar era suficiente para delatarlo. Vio a un tipo hercúleo, parecido a un oso, tanto por su aspecto físico como por el gabán de pieles que le cubría, que le examinaba desde la puerta del cobertizo.

—¡Idiota! —dijo el ruso, con voz sibilante y amenazadora—. ¿No sabes que no se puede andar por aquí?

—Deseo calentarme un poco... —murmuró Dave en el mismo idioma—. Caí al agua, y... —Abrió los brazos en ademán humilde.

—Pues acércate y te calentaré primero —contestó el vigilante—. Te voy a poner las orejas a caldo...

Dejó el fusil que tenía en la mano y avanzó hacia Dave. Éste parecía aguardar el golpe, cubriéndose el rostro con los brazos; pero antes de que el puño del ruso cayera sobre su rostro, disparó los suyos como una catapulta.

El hércules retrocedió, sorprendido; lo último que esperaba era

el ataque de un «mísero» pescador. Menos mal que no lo había visto ninguno de sus compañeros; de lo contrario, el jolgorio formarla época.

¡Él, Wladimir, haber sido golpeado por un paisano!

Dave le esperó a pie firme. Tenía que atacar al rostro de su adversario, pues estaba prácticamente blindado con la ropa. Pegar al cuerpo sería como hacerle cosquillas.

Cuando el turbión ciego se volcó sobre él, lo fue canalizando con golpes precisos, matemáticos. Los puños se concentraban en la nariz, les ojos y la mandíbula del coloso, que no pedía zafarse de aquella inesperada paliza.

Dave no supo nunca si su adversario llegó a reflexionar en lo absurdo de encontrar un púgil en aquel desierto, o si la furia le impidió razonar hasta última hora. Lo cierto es que, concentrando sus fuerzas en la mano derecha, golpeó la barbilla del centinela con un «uppercut» impresionante.

Wladimir se desplomó hacia atrás, con los brazos abiertos, y rebotó contra las piedras del castillo que guardaba.

El americano había entrado en calor con la contienda, pero no quiso perder un segundo en despojarse de las botas. Acercó los pies al fuego cuanto pudo, hasta conseguir que chorreasen agua, y luego se desnudó para friccionar su cuerpo con un trozo de hielo. Despojar al ruso de sus ropas y ponérselas él Fue cuestión de minutos.

—Siento lo que hago contigo, angelito —murmuró—; pero el fin justifica los medios. De todos modos, no puedo llamar para que vengan a proporcionarte ayuda.

Lo que más trabajo le costó Fue remolcar al hombrón hasta el pozo. Le había vestido con sus harapos y llenó sus bolsillos con piedras de la orilla. Luego lo arrojó a la sima.

Mis amigos esperan abajo, y procurarán hacerte la respiración artificial —comentó para sí—. En caso de que no lo consigan..., ¡buen viaje!.

Volvió en una carrera a la garita. Minutos más tarde, con un buen trago de vodka en el estómago —caliente por dentro y por fuera—, bendecía a la Providencia.

Pasó el resto de su guardia revisando la documentación del hombre que suplantaba. Bajo aquella balumba de ropa, calado el

gorro y las orejeras, confiaba pasar inadvertido en los primeros momentos. Después...

Desde entonces se llamaba Wladimir Ulianoff, era natural de Kiev y tenía treinta y cinco años. Por unas cartas manoseadas que encontró en los bolsillos y deletreó con dificultad, se enteró que su esposa. —Natacha— deseaba volver a verlo.

«Un inconsciente traga menos agua que otro que bracea y se agita —pensó—. Tal vez...».

A los cinco minutos se había olvidado del ruso, pero no de sus nuevos datos de filiación.

Pasaron varias horas antes de ser relevado. A medianoche, a juzgar por sus cálculos, el portón se abrió y salió de él un tipo arrojando tufaradas de alcohol. Se dirigió al americano, que evitó mirarle de frente.

—¡Podías haber venido antes a relevarme! —Gruñó—. Siempre te retrasas.

—Bueno, ¿y qué? ¡Tú haces lo mismo! —contestó el otro—. Mira qué miseria de fuego... ¡Ya puedes sacar más leña!

Dave contestó con un gruñido, y avanzó hacia el interior del edificio. El centinela que tomó la guardia le vio alejarse mascullando amenazas.

—Un día te encontrarás la horma de tu zapato, Wladimir. ¡Te lo dice Grischa, tu paisano!

Sin querer se había convertido en augur, y dio al americano un dato precioso. ¡Lástima haber tenido que dejarle el fusil, cuando tanta falta podía hacerle!

Dave estaba dentro de un amplio portalón, oscuro como boca de lobo. Tanteando las paredes, tropezó con un montón de leña, cortada en trozos bastante grandes. El ruido de unos maderos al caer hizo abrirse una puerta, dando a una habitación malamente iluminada con luz eléctrica.

—¿Qué diablos haces ahí? —preguntó una voz.

El americano contestó, tomando unos palotes del montón:

—Voy a dejarle leña al estúpido de Grischa. No quiero oírle gruñir toda la noche...

Abrió el portón como pudo, y dejó caer un brazo de ramaje al exterior. Recibió una mirada sorprendida del centinela.

—¡Toma, bestia! —dijo—. No vayas a morirte de frío...

Y se adentró de nuevo en el castillo, en busca de la habitación ocupada por tres hombres.

Dos de ellos estaban tumbados en sus camastros, y había otros catres vacíos. ¿Cuál sería el «suyo»? Gruñendo entre dientes, se acostó en uno de ellos, diciendo:

—¡Peste de noche! Es tan mala como la cama, pero hoy pienso descansar a gusto.

El hombre que permanecía en pie no protestó. Dave había acertado con el lecho de Wladimir, o el otro no quería discusiones.

Así pasaron más de dos horas, durante las cuales permaneció el americano con los ojos cerrados y los sentidos alerta. Uno de los dormidos roncaba estrepitosamente, mascullando palabras en calmuco; el otro, que permanecía despierto, braceaba con frecuencia para combatir el frío y arrastraba los pies al caminar.

Dave recordaba perfectamente la voz de Wladimir, áspera y chirriante. Procuró imitarla cuanto le fue posible, y ahora, vencidas las primeras dificultades, ansiaba acción. No podía olvidar que en el foso había también gentes de guardia, turnándose y esperando su presencia o sus mensajes. Dormir le parecía no ya peligroso, sino criminal.

El ruido que producían al caminar unas recias botas ferradas le hizo arrebujarse más en la manta con que se tapaba. A juzgar por el estrépito debían de ser varios hombres, y se dispuso a no perder una sílaba cuando se abrió la puerta ruidosamente.

—¿No hay novedad, Fedor? —Oyó a un desconocido.

—Ninguna, señor —contestó el hombre que se mantenía despierto.

Dave se rebulló en el camastro, hasta colocarse en postura que le permitía observar. Gruñó a través del embozo que le cubría, como si protestase por la intrusión, medio en sueños.

Tres soldados con el largo capote soviético estaban en la habitación, donde permanecían estirados y en actitud castrense. Ya le había extrañado al americano que la fortaleza se hallase tan mal protegida; en realidad, los cinco hombres que guardaban el portón eran parias, a cuyo cargo estaba la parte más dura de la vigilancia.

El que parecía mandar el grupo militar le arrojó una mirada preñada de amenazas. Luego, acercándose al durmiente, le dio una patada que tuvo la virtud de despabilarlo sin necesidad de reloj. Se

incorporó de un salto y se mantuvo en pie, con los talones unidos y los brazos pegados al cuerpo.

—Mañana se hará visita de inspección —anunció el soldado—. Que todo esté limpio y en condiciones, si no queréis nadar.

—No tenemos provisiones —dijo el llamado Fedor, temblando como un flan—. Pasamos hambre...

—¿Creéis que arriba es Jauja, imbéciles? Hasta dentro de ocho días no volverán a lanzarnos provisiones, y... ¡tenéis todo el pescado que se pueda coger!

Fedor hizo un gesto de repugnancia, que fue captado por el hombre que dirigía la tropilla.

—Escrúpulos, ¿eh? No tendréis mucho apetito.

—Están blanduchos, señor —se justificó el otro—. No es solamente por lo que comen, y vamos a padecer escorbuto. ¡Si tuviéramos un poco más de vodka!

El soldado pareció meditar, al marcharse.

—Transmitiré a Orloff vuestra petición y... ¡ya veremos! —dijo—. ¡Salud y revolución!

Sus palabras coincidieron con el estampido de la puerta al cerrarse. Por suerte para él, los soldados no le oyeron, y el rebelde Fedor se volvió como un basilisco al que habían despertado tan bruscamente, que aún se rascaba la parte dolorida.

—Ya lo has oído, Andrew —gesticuló—. Si queremos comida, tenemos que buscarla nosotros mismos en la cloaca, y el escorbuto curarlo a la intemperie. Las conservas, los licores y los pastelillos de caviar son para el Jefe. ¡Maldito! Ni siquiera se acuerda de enviarnos medicinas.

—¡No me hables! —refunfuñó Andrew, como un eco—. Hice la campaña de Polonia junto a los alemanes, y luego los combatí durante un siglo. Resistí el cerco de Sebastopol y conseguí al fin unas vacaciones en Crimea. ¿Qué gané con ello? Por insultar a uno de nuestros burgueses en Foros fui trasladado aquí, y no he alcanzado ni una pastilla de chocolate del plan Marshall.

Dave Flescher, que escuchaba atento, rompió a reír. Fue algo impensado y catastrófico, que en vano intentó disimular con una tos cavernosa. Los dos hombres se le acercaron, ceñudos, sentándose en el camastro vacío y frente a él.

—¿Lo encuentras divertido, padrecito? —preguntó Fedor, con

voz tonante, tirando del embozo que tapaba al agente federal.

Razón había tenido para pretender evitar la risa: en la Unión Soviética es un artículo de lujo. Tan sólo miradas torvas y malhumoradas se advierten en la clase proletaria, para quien le hizo la revolución, y la masa se conforma con renegar de sus dirigentes..., ¡cuando éstos no la oyen!

—Sube a decírselo a Orloff, indecente «soplón», para que nos mande dar de latigazos. ¡Granuja! ¡Malvado! Siempre repasando las cartas de tu mujer y llorando por volver con ella... ¿Es así cómo vas a ganar tu permiso?

Dave se incorporó en el camastro, dispuesto a todo, y contestó a las acusaciones:

—Yo, lo que se dice yo, no he sido nunca un «chivato». ¡Os lo aseguro, chicos!

Fedor se levantó y miró al americano de hito en hito, con lo que el federal se dio cuenta de sus sospechas en el acto. ¡Había sido descubierto!

No esperaba otra cosa, pues aquello tenía que suceder tarde o temprano. Le repugnaba mentir, y dijo, simplemente:

—Anoche maté a un traidor y lo arrojé al foso.

Los dos hombres se miraron con estupor, pero el comentario de Fedor no pudo ser más sorprendente:

—Otro «desgraciado» espía —exclamó, agarrándose la cabeza con las manos—. Di: ¿Quién eres?

Dave barajaba sus ideas como un jugador profesional. Podía decir que era un agente ruso que acudió a investigar, pero ello no le granjearla la amistad de los dos nombres, hartos del régimen y de sus esbirros. Encogiéndole de hombros y haciendo un gesto simpático, habló a su interlocutor:

—Soy americano, y trato de rescatar a mis compañeros.

A pesar de su aparente desenfado, estaba dispuesto a saltar sobre los dos rusos al menor movimiento hostil.

—Ya puedes despedirte de la libertad y del pellejo —murmuró Andrew, con aire de fastidio.

No había animosidad en su actitud. Dos ojos azules contemplaban al americano con lástima, como si fuese un niño extraviado en una gran ciudad.

—¿Me detendréis? —preguntó Flescher.

—Dinos qué vamos a hacer, si no. ¡Y yo que acabo de decir a ese bestia que no había novedad! —exclamó Fedor.

—¿Qué os parecería un viaje a América? —preguntó el federal—. Podéis hacerlo, si colaboráis conmigo.

La oferta era deslumbrante, y Dave dejó que la idea calara hondo en el ánimo de sus dos compañeros. Fue Andrew el que contestó:

—Por mí no habría inconveniente: soy soltero y sin familia. Igual le ocurre al cegato que te relevó, pero Fedor y ese asno de Gurin, que duerme como un descosido, sufrirán represalias en los suyos.

—No me gusta desollar la liebre antes de cazarla —dijo el americano—; pero os aseguro, si mi plan se lleva a cabo, que estudiaré todas las posibilidades.

Fedor se levantó y tendió a Dave su manaza, parecida, a la zarpa de un oso. La invitación bien podía encerrar una trampa, pero Flescher correspondió, efusivo.

—Estamos hartos de promesas incumplidas —dijo el ruso—, y por el pellejo de ésa liebre, que voy a correr el riesgo al lado de quien no promete nada. Yo me encargaré de convencer a Gurin, si es que despierta alguna vez. Ahora —añadió, con creciente animación— pienso que lo más oportuno es afeitarte. Yo arreglo el pelo a todos, y recortaré tu barba para igualarte un poco con Wladimir. ¡Ojalá se consuma en el infierno!

Manifestar desconfianza era contraproducente, y Dave se dejó preparar. Puso su cuello bajo la manaza del ruso y una hoja de afeitar que, herrumbrosa y sin filo, podía, no obstante, seccionarle la yugular.

III



A revista fue un éxito, por lo que se refiere a los cinco conjurados. Hubo sus recriminaciones y amenazas, pero la cosa no pasó de ahí, y Dave tuvo ocasión de mirar cara a cara al hombre que había de ser su más formidable adversario dentro de la fortaleza.

—Es el auténtico ogro de los cuentos —explicó Fedor, poco después—. Para que no falte nada, tiene hasta una princesa cautiva...

—Vosotros, los esclavos, siempre habéis tenido mucha imaginación —dijo Dave a su interlocutor.

Los otros tres guardianes, entre ellos el adormilado Gurin, formaban un corrillo expectante.

El americano les había contado, sin concederle importancia, cosas de su país; que los beneficiarios del «paraíso» soviético escucharon boquiabiertos. Una sola vez interrumpió Fedor, para decir, entusiasmado:

—No me llaman la atención los automóviles con calefacción y radio, ni las golosinas de los bares automáticos; pero... ¿de veras están el pan y los cigarrillos sin racionar?

Luego se quedó meditando largamente la respuesta.

—No soy más que un pobre campesino —siguió— y nunca fue mía la tierra que cultivaba. Un día se me ocurrió preguntar en un mitin por qué no disponía de más víveres ahora que todo es de todos.

—¿Qué te contestaron? —preguntó Dave.

—Nada —contestó el ruso, con sencillez—. ¡Me trajeron aquí! ¡Estos infelices —señaló con un ademán a sus compañeros— están por algo semejante!

—Yo quisiera saber —inquirió Grischa— qué diremos cuando averigüen que estás con nosotros. ¡Si escapo con vida, me doy por satisfecho!

Era la cuestión más espinosa con que debía enfrentarse Dave. Esperaba y temía la pregunta y, para no contestar una mentira, la dejó sin respuesta.

—¿Cuántos hombres hay aquí, y de qué ayuda disponen en el poblado?

—Esos pescadores no cuentan. Los toleran porque suministran alimentos frescos (¡no del foso, claro está!), y en cuanto a los soldados, suman una veintena. Luego están Orloff y los otros —terminó Fedor.

—¿Quiénes son los otros?

—Pues... los dos que trabajan en el laboratorio. Son tan inofensivos como los prisioneros.

—Ésos serán auxiliares nuestros también —dijo Flescher—. ¿Hay algún compatriota mío?

—¡Sí! —contestó Fedor, que llevaba la voz cantante—. Hay un hombre en los huesos, posible banquete para los peces. Ignoro porqué Orloff no lo hizo tirar.

Dave crispó los puños, pero no dijo nada al respecto. Siguió preguntando:

—¿Tenéis..., tenemos acceso a las dependencias de este edificio?

—Nunca, a no ser que suceda algo grave o tengamos que trabajar de firme. Una vez a la semana se limpian las escaleras, y hay una verja de hierro (cerrada noche y día), que nos impide el paso.

—¡Está bien! Propongo que continuéis la vigilancia exterior como si tal cosa. Yo asumo el puesto de Wladimir cuando me corresponda y mientras tanto pescaré. ¡Dadme los aparejes para ello!

—Tú no sabes lo que hay allí abajo —murmuró Grisha, reprimiendo un escalofrío—. No probaré un bocado de esa pesca y prefiero las patatas viudas...

No podía caber en la imaginación de sus aliados que Dave conociese el cementerio líquido por haberlo pisado. A pesar de la fantasía rusa, tan decantada, jamás se les ocurriría imaginar que el americano había surgido del abismo. ¡La historia que les refirió, de un trineo deslizándose por él hielo, sonaba más verídica!

—Me gusta pescar... ¡y vigilar al mismo tiempo! —confesó el joven—. En cuanto a las patatas solas, me encantan cuando las como rodeado de amigos. ¿Tenéis papel y lápiz?

El gesto de asombro de los rusos fue unánime.

—¿Es que piensas escribir a los peces? —preguntó Gurin, que sólo abría la boca para bostezar.

—Quiero sacar un plano del castillo. Una especie de croquis, en el que vosotros me indicaréis las escaleras y dependencias —dijo el federal, con una sonrisa expansiva.

Media hora después, arrostrando el rigor de la intemperie, caminaba a buen paso hasta la alejada orilla del pozo. Llevaba caña, sedal y cebo, amén de todo lo pedido.

Al amparo de una roca, que le protegía de miradas indiscretas, empezó su verdadera labor: enviar mensajes al fondo, suplicando a Dios que el lastre no fuese a dar en la cabeza de alguno de sus amigos.

«He logrado empleo en la guardia exterior de un fortín soviético —decía, más o menos, en todos los escritos—. Acercad el submarino al foso, y suministraos aire por medio de una ventosa de goma. ¡No existe gran vigilancia! Si queréis emerger de noche, no estarían mal unas ametralladoras, aunque de momento no son precisas.

Comunicaré con vosotros cada día por este procedimiento,»

Seguían algunos datos de interés, que debían ser radiados, y terminaba aconsejando prudencia y saludando al comandante Godson y a sus valientes.

El federal había dibujado el contorno visible del castillo, y Fedor completó el plano, indicándole la distribución de las diversas plantas. Había sitios, no obstante, donde nunca pudo echar un vistazo; uno de ellos era el laboratorio y otro las habitaciones particulares de Orloff. ¡Ni que decir tiene que de la despena general sabía perfectamente el enclave!

—Si tuviera alambre y unas herramientas, intentaría esta noche mejorar el menú —aseguró Dave, con toda seriedad.

Misteriosamente fueron apareciendo útiles y utensilios. El americano trabajó toda la tarde, y al disponerse a montar su guardia encontró la oposición de los rusos.

—El camino de la cocina está en dirección contraria, amiguito —le dijo Grisha—. Si es necesario que te acompañe alguno de nosotros...

—Con los datos que me habéis dado conozco el castillo como la palma de la mano —contestó Dave—. Es verdad que cuatro ojos ven más que dos, pero también dos personas hacen más bulto que una sola. Me basta con que os acostéis a dormir..., y a esperar el suministro.

—No tengo sueño —murmuró Gurin, que a la mención de víveres abrió ojos como platos—. ¡Yo tomaré la guardia!

—Debéis acostaros y dormir —insistió el americano—. Bastará que dejéis la puerta abierta, y si alguien me sorprende diré que maté a Wladimir y que me apropié de sus ropas. ¡Así no os comprometeré a vosotros!

El plan era bastante bueno, y los rusos lo siguieron. Se acostaron con fervor, puesto que «el sueño» era su mejor coartada.

Al filo de medianoche. Dave se deslizó como una sombra hacia el interior del castillo. No había nadie cerca de la verja cerrada, pues los guardianes de abajo y cientos de millas de hielo les garantizaban. Lo importante era guardar las habitaciones del jefe de la fortaleza, el autócrata Orloff Petrovich, y allí sí que se intensificaba la vigilancia ¡Desgraciados de ellos si, a cualquier hora del día o de la noche, no eran atendidas con presteza sus llamadas!

Hay dos clases de rusos: los que sin pertenecer al partido obedecen por temor, y los que, siendo comunistas, obedecen por más temor aún. Orloff era el amo supremo en aquellos parajes, un nuevo zar, que sólo precisaba tachar un nombre de sus listas y una vida entré los suyos.

Dave rehuyó acercarse a sus habitaciones; era comida lo que buscaba, por el momento.

Llevaba un surtido de ganzúas de todas clases, y aunque preparadas toscamente eran sólidas. Quizá no abriesen una «yale» ni un cerrojo, pero estaba seguro de que la «llave» elegida no saltaría dentro del mecanismo. ¡Estaban hechas de hierro, no de acero!

Al cabo de unos tanteos la reja giró, con agrio rechinar. Conteniendo el aliento, Dave dio un violento empujón. Sabía que los goznes crujen menos al abrir con rapidez, y era preferible un solo crujido a varios intermitentes. Para un caso de emergencia, llevaba un afilado cuchillo en la mano.

Volvió a cerrar por el mismo procedimiento, y lanzó un vistazo a los peldaños de piedra antes de darles la espalda. Por segunda vez desdeñaba la seguridad que le aconsejaba el instinto.

A derecha e izquierda se advertían en la oscuridad pasillos y habitaciones, Gracias a la ayuda de Fedor sabía con exactitud dónde dirigirse, y desdeñó las puertas de la derecha y la primera de la izquierda. Sabía que era ésta uno de los dormitorios de la soldadesca, y se estremeció bajo el recio abrigo al rebasarla.

Hacía frío, más afilado y cortante que una hoja de afeitar. Ojos fosforescentes brillaron en la oscuridad, denunciando que las ratas andaban también a caza de algo comestible. ¡La despensa estaba inmediata!

Llegó Dave frente a ella, tanteando las paredes de la izquierda. Dos puertas más atrás, en el dormitorio de los soldados, se filtraba una rendija de luz por los resquicios. Así debía penetrar también el frío inaguantable, y Dave suspiró recordando su casita de Chambers Street, en pleno Broadway.

Desde aquella punta del islote de Manhattan se veía perfectamente el curso siempre animado del Hudson, la entrada del túnel de Brooklyn, y a la derecha, muy lejos, la estatua de la Libertad en

Bedloe's.

¡Por todo ello, y por lo que representaba, estaba luchando en aquellos momentos! Contra el frío y contra el miedo; no ya el pánico animal de perder la vida, sino el terrible espanto de fracasar. Las ganzúas sonaron con leve tintineo entre sus manos, porque estaba temblando.

El candado cedió a las primeras de cambio: era un modelo ruso. La cerradura le costó bastante más trabajo, pero quedó expedita al fin. Encendiendo un fósforo, buscó el interruptor, luego de cerrar la puerta.

Cuando lo encontró, y antes de oprimirlo, sintió un escalofrío. ¿Pondría en movimiento algún sistema de alarma? ¿Quedaría descubierta su presencia y sería perseguido como una rata?

Al hacerse la luz sonrió: había allí víveres para abastecer a un ejército. Podía ser verdad lo que dijo el soldado, y que esperasen carne fresca y embutidos; pero conservas había más que suficientes. Cajones enteros sin abrir se apilaban hasta el techo.

Dave empezó a guardar envases, a troche y moche, en el saco que llevaba a prevención. Titubeó antes de tomar una sarta de chorizos, pero luego cubrió el hueco recorriendo las restantes. También cogió una botella de licor y abundantes galletas.

Borrando cuidadosamente las huellas de sus pasos, el federal salió de la despensa. Iba a tornar el camino descendente cuando cambió de parecer: recordó la situación de los calabozos y se dirigió hacia ellos.

Eran varias puertas pequeñas, colocadas en larga fila a ambos lados de un pasillo. Un fuerte olor de letrinas imperaba allí, y Dave avanzó sin vacilar hacia la tercera de las celdas. Miró a su interior, por un estrecho ventanillo.

Un bulto enteco tiritaba sobre un mísero camastro, y el americano siseó a su compatriota, sin ningún resultado. ¡El prisionero dormía, o estaba sumido en el sopor de la fiebre!

Abrir aquella puerta no era grano de anís, toda vez que se advertía una claridad sospechosa al fondo del pasillo. Si había guardián y se le ocurría darse una vuelta, Dave no podía alegar que se había acercado al Polo Norte para robar un saco de provisiones.

Rebuscando en ellas, sacó varias galletas. Duras y correosas, valían para comer y también para usarlas como proyectiles.

Es lo que hizo, hasta que el prisionero se incorporó en el camastro. En su casa se reflejaba la extrañeza, pues era la primera ocasión en que recibía un trato de favor de sus carceleros.

—¡Chis! Americano... —susurró Dave.

El cautivo se pasó una mano por la frente, creyéndose en medio de una pesadilla. Tuvo que tantear las galletas para darse cuenta de que estaba despierto, y entonces se levantó pesadamente y llegó hasta el ventanillo.

—Servicio Secreto; deme su contraseña —pidió Dave, al tiempo que le alargaba la ristra de chorizos.

—Siete-nueve-tres; doble uve —dijo el esqueleto viviente.

—¡Coronel Fulton! —exclamó el agente, reconociéndole apenas—. Soy Flescher, de la cuarta brigada. ¿No me recuerda?

Unas manos apergaminadas salieron de los barrotes, mientras dos pupilas desorbitadas se fijaban en el hombre que hablaba el lenguaje patrio. Con ojos y manos acarició la cabeza de su antiguo discípulo en Quantico.

—Hijo mío —habló, con vez lastimosa—: ¡debo salir de aquí! Importantes secretos...

—No puedo sacarle ahora, coronel —contestó Dave, casi sollozando—. Aliméntese y recupere fuerzas. Voy a dejarle una botella de licor y también lápiz y papel. Mañana a la noche volveré, si puedo. En cualquier caso, arroje por la ventana el casco vacío, con los datos que deban ser retransmitidos. Tengo un submarino cerca y radiaremos a la base de Alaska pidiendo un autogiro o, si es preciso, un bombardero. ¡Escriba y recupérese antes!

Nick Fulton miró la botella que le alargaba su compañero, e intentó rechazarla.

—Con unos sorbos —dijo— tendré bastante. El resto me emborracharía: ¡estoy muy débil!

—Voy a dejarle cerillas también —habló Flescher—. El alcohol arde y al hacerlo produce calor. Lo que siento es no poder pasarle mi abrigo.

—Vete, hijo; es peligroso que permanezcas aquí. No subas mañana tampoco. Yo te echaré los datos dentro de la botella... ¡Suerte!

—¡Por América y la Humanidad! —contestó Dave, emocionado.

Abandonó al hombre que se deshacía en bendiciones, a la ruina

fisiológica que aún podía rendir un servicio inapreciable. Desanduvo el camino con las mayores precauciones, y se encontró nuevamente junto a la verja cerrada. Su apertura fue más rápida y silenciosa que la primera vez.

Ya dentro del cuarto de la guardia, el federal despertó a sus amigos cuando hubo colocado el botín sobre una mesa. Entonces fue zarandeándolos a todos; pese a sus buenos propósitos, Gurin dormía con la tranquilidad de los justos.

No fue, sin embargo, el último en levantarse y alcanzar con avidez los manjares. Durante varios minutos no se oyó otro ruido que el de una atropellada masticación, y las conservas fueron abiertas por procedimientos primitivos. Nadie le hizo ascos al característico sabor ruso del producto contra la fermentación.

—Ahora tomaré lo que resta de mi guardia —dijo el americano—. Espero que no dejaréis por aquí los restos del banquete ni las ganzúas.

—No faltaría más —exclamó Fedor, tragando a dos carrillos—. Pero aguarda un momento, camarada: tengo una pequeña sorpresa para ti.

Se dirigió al cajón donde guardaba sus pertenencias y sacó una botella de excelente vodka, mirándola al trasluz antes de proceder a destaparla.

—Lo guardaba para una solemnidad, tal como la caída del régimen o el paso a mejor vida del gran tirano —exclamó—. Creo que la ocasión de abrirla ha llegado.

Al decir así manipulaba hábilmente en el corcho, y, luego de quitarlo, ofreció la botella a Dave.

—Veamos si el soldado, a quien se le cambió por una camiseta de felpa, me engañó. ¡Echa un buen trago, intendente!

El americano bebió hasta sentir en las entrañas el río de fuego. Chascó los labios y devolvió el envase, que fue apurado a morro con verdadero jolgorio.

—Stalin ha muerto —afirmó categórico—. Malenkov le sustituyó y, como primera providencia, hizo encarcelar a Beria. Después cayeron él y Yukov, incluso Kaganowich. ¡Son noticias fresquitas!

—¡Arrea! —estalló Gurin, atragantándose.

Aún le duraba el golpe de tos cuando Dave se había hecho cargo de la guardia, junto a un fuego estupendo.

No se le estaban dando mal las cosas al federal. Todo marchaba como una seda: se había hecho con aliados y tenía libre acceso a la fortaleza enemiga. La gran dificultad era lograr la evasión del prisionero y su traslado al submarino.

Entonces, como respondiendo a sus temores, vio emerger del pequeño lago la brillante esfera de una escafandra. ¡Sus amigos llegaban!

En la claridad espectral de la noche flotaban ya sobre el agua dos buzos. Avanzaban con lentitud, toda vez que algo contrarrestaba su esfuerzo. Dave corrió hacia ellos, agitando un pañuelo.

Los indicó por señas la gran roca que ocultaba la vista del castillo, y allí tuvo la satisfacción de ayudar a los dos hombres: al comandante Godson y O'Connor, el chicuelo de la emisora.

—No quería resignarme a no volverle a ver, señor —dijo este último—; pero no pase cuidado. ¡Recibimos su mensaje y la radio está en buenas manos!

Un hilo de nylon estaba sujeto a los pies de ambos hombres. Esto era lo que dificultaba que nadasen con facilidad, pues no llevaban suelas con lastre.

—Para subir no nos hacían falta —comentó el comandante, siguiendo la mirada y el pensamiento de Dave—. Esto —explicó, señalando el casi invisible cordel— es el sedal con el que pescaremos las armas automáticas.

Mientras el telegrafista las izaba a la superficie, bien envueltas en saquitos impermeables, el federal explicó a Godson las novedades.

—Siento decirle que no todo van a ser noticias de color de rosa... —resumió el comandante del «L-37»

—. La provisión de aire disminuye a ojos vistas, y sólo tenemos para tres días. ¡Hay que descontar uno, hasta que lleguemos al mar Báltico! —hizo una pausa antes de continuar—. En cuanto a su idea de enviar a la superficie un tubo de goma, es impracticable. Ni aun empalmándolos alcanzarían, y no tenemos bomba para la succión del aire.

—Yo pensé en las que expulsan el agua del compartimiento estanco...

—No sirven —refutó Godson, categórico.

—¿Entonces?

—Los que no estén a bordo dentro de cuarenta, y ocho horas habrán de valerse por sus propios medios. Nosotros zarparemos..., ¡y durante los dos meses de ida y vuelta no habrá nada que hacer!

Siguió un silencio tenso, plomizo.

—Es que yo quiero rescatar al coronel y confiárselo a ustedes —dijo Dave.

—Hágalo antes de mañana por la noche, entonces. Respectó a llevar con nosotros a esos cuatro rusos, es imposible. He calculado el consumo de oxígeno diario por persona, y esos hombres deben abandonarse o pereceremos todos. ¡Elija!

No había animosidad ni violencia en las palabras del comandante. Por el contrario, un pliegue en su frente denotaba el esfuerzo mental que hacía por orillar las dificultades. Las cuestiones de orden técnico no pueden resolverse con el corazón; a menos que los pulmones, milagrosamente, se olviden de respirar.

—Lo primero es recoger los datos del coronel Fulton y transmitirlos —resumió, Dave—. El resto..., ¡Dios dirá!

Godson se despidió de su amigo con un enérgico apretón de manos; iba a encasquetarse la escafandra, y a su lado una hermosa piedra le serviría de lastre.

O'Connor

no parecía muy dispuesto a acompañarle, y el comandante le miró con curiosidad.

—¿Vamos? —preguntó, ya con el casco vítreo en la mano.

—He subido dos ametralladoras —dijo el telegrafista—, y míster Flescher sólo podrá manejar una. Por otra parte, mi provisión de aire puede economizarse mientras sigo arriba. ¡Permaneceré con él!

—¿Pretendes que te esconda con mis amigos? —preguntó Dave, interesado—. No quiero que sepan que llegué aquí en el submarino: ¡el que ignora no puede confesar nada!

—Me quedaré solo, custodiando las armas —aseguró el mozo, con sencillez—. Estos trajes de buzo son muy prácticos, aun para la intemperie, y si usted es capaz de tomar provisiones para otros, no se olvidará de mí.

—Pero, muchacho... —empezó Godson—. Recapacita en los peligros que vas a correr.

—Les afronto.

La arruga que surcaba la frente del comandante se desvaneció en una sonrisa. Antes de encajarse la escafandra, murmuró:

—¡Me parece una excelente idea! Siempre vaticiné a O'Connor un brillante porvenir.

Ajustó su casco y tomó entre las manos el lastre. Luego se sumergió en el líquido humeante.

Los dos hombres contemplaron las burbujas de aire que emergían a la superficie por el lugar donde Godson desapareció. Brotaban acercándose al centro del foso y luego desaparecieron en la distancia.

—Adiós, jefe —dijo el muchacho—. No olvidé aquello que nos dijo de la valentía...

Sus últimas palabras sonaron opacas, pues se había ajustado la escafandra. Tomó la bolsa de las ametralladoras con ambas manos y se alejó en dirección opuesta al castillo; hacia una eminencia, detrás de la cual podía ocultarse.

Dave se encogió de hombros y regresó a su guardia. Por la línea levemente ondulada del horizonte empezaba a clarear el día.

UNA NUEVA PUBLICACION PARA JOVENES,
DIBUJADA POR UN ARTISTA MAGISTRAL
MENDOZA COLT

El famoso *gun-man* de raíz española, cuya terrible velocidad en «sacar» siembra el terror entre los bandidos que saquean los poblados del lejano Oeste. Persigue con ahínco al culpable de su desgracia hasta que...

PUBLICACION QUINCENAL, 1,50 pesetas

IV



UNQUE Dave estaba animado por las palabras de Godson, y sentía como nadie la premura del tiempo, transcurrió la mañana sin que realizase ninguna labor. Se aplicó a descansar, pues hacía tres noches que no pegaba un ojo, y le era necesario reponer fuerzas, por medio del reposo, ante lo que se avecinaba.

A media tarde tuvo recompensa su ansiedad. Merodeando bajo las ventanas de los calabozos, vio aparecer la botella con el mensaje, y que Fue lanzada al exterior sujeta de un hilillo de lana.

Cuando Dave la tuvo en sus manos, comprendió el último heroísmo de su maestro y amigo: el coronel había sacrificado su jersey, destejéndolo, para bajar intacta la botella. ¡Con ello dio muestras de previsión y de sacrificio!

No quiso Dave aguardar a la noche. Acercándose al pozo, ató una piedra a un trozo de nylon y, amarrando al otro extremo la botella, la dejó caer. El lastre, de un peso mayor a la resistencia del aire, hizo bajar el envase. Unos minutos después llegaba el acuse de recibo.

El federal había convenido con Godson que, cuando se hicieran cargo de un mensaje, izaran un poco la boya que sujetaba la escala. Respiró al verla aparecer breves momentos, y luego se dirigió al castillo.

Ya no le importaba atacar a sangre y fuego para rescatar al coronel. Los secretos de la fortaleza, cualesquiera que fuesen, estaban siendo revelados y transmitidos por radio. Si una hora después parte de su misión quedaría cumplida, faltaba el resto. En él incluía la posibilidad de salvar a sus auxiliares rusos, por el medio que fuese; ¡lo había prometido así!

Respecto al telegrafista —su bien dispuesto ayudante—, no había podido divisarlo. No era fácil que lo hubieran detenido, pero sí pudo ser víctima de un accidente.

Eran necesarias sus armas y ayuda, aunque Dave contaba con el factor sorpresa en la lucha contra Orloff y los soldados. A media tarde, antes de que la luz del sol se extinguiese, partió en busca de O'Connor, sin decir nada a Fedor ni a los otros.

Lo encontró echado sobre un montículo de hielo, muy lejos, y en el primer momento le asustó su inmovilidad: había en ella algo sinuoso y trágico. ¿Habría muerto de inanición o de frío?

Tenía el casco quitado y apoyada la cabeza contra el suelo; tal y como si estuviera muerto, dormido o escuchando. Por fortuna, era esto último, y al ver acercarse a Dave, le hizo una señal de cautela. El federal avanzó lentamente, hasta llegar a su lado.

Imitando la actitud del muchacho, Dave se arrojó a tierra y escuchó, desprendiéndose del gorro protector.

Al principio sintió como una quemadura, por la impresión del frío. Se levantó al no oír nada.

—Siga escuchando, señor —aconsejó O'Connor.

Los oídos del telegrafista, acostumbrados a permanecer horas enteras con los auriculares puestos, estaban dotados de una

sensibilidad extraordinaria. Dave lo sabía y esperó. Al cabo de una pausa creyó oír un chirrido, luego fueron otros varios.

—Parece el graznar de una bandada de cuervos, o el rechinar de veletas enmohecidas... —dijo.

—El ruido proviene del castillo —murmuró

O'Connor

—, y hace varias horas que lo oigo con intermitencias. En cambio, por el aire no se siente la menor cosa. El suelo es mejor conductor del sonido.

Los dos hombres, levantándose, dirigieron una mirada hacia la mole gris que se alzaba frente a ellos. Fijando mucho la atención, observaron una esfera gigantesca que oscilaba a varias millas de altura. Parecía un globo cautivo, e indudablemente existía una amarra que lo ligaba al castillo.

—Puede ser el chirriar del cable que sujeta eso lo que hemos sentido —meditó Dave, en voz alta.

Según estaban examinando la pétrea construcción, los dos hombres fueron sorprendidos por un brillo, vivísimo y cegador. Algo como un heliógrafo que transmitiera señales, una llamada voltaica o un relámpago.

Siguiendo la marcha del resplandor, observaron algo curioso. Dondequiera que el reflejo de luz tocaba el suelo, se levantaba en el acto una columna de vapor y neblina, que iba extendiéndose como una muralla gaseosa y paredón que rodease el castillo.

—Ese globo, o lo que sea, es centro de una inmensa circunferencia —dijo Dave, ceñudo—. Y... creo que estamos en su trayectoria: ¡corramos hacia el edificio!

—Nos verán —susurró

O'Connor

—, en cuanto ese colosal artillero enfile su batería hacia aquí. Tratará de fulminarnos...

—¡Entonces huye tú! —decidió el federal—. Dame una de las ametralladoras y escapa, mientras te queden fuerzas. ¡Yo debo regresar al castillo a cualquier precio!

No había tiempo para titubeos ni explicaciones. La nube de vapor se acercaba a toda marcha, y sólo les separaba de ella el poblado de los pescadores y una eminencia de hielo. Unos segundos de indecisión podían ser trágicos.

El telegrafista cogió su arma y se lanzó hacia el Sur, a través de la llanura salpicada de montículos. Dave hizo igual, en dirección al castillo, y corrieron con todas sus fuerzas, hasta quedar agotados, jadeantes. El aparato emisor de reflejos seguía su marcha, insensible como una máquina.

Cerca del castillo Dave detuvo la carrera y observó, desde un altozano, que el rayo llegaba a las inmediaciones del poblado de pescadores. Tal vez se detuviera allí, o diera un ligero rodeo para eludirlos.

¡No fue así! El brillante fulgor rozó las primeras cabañas, que fueron incendiadas y reducidas a pavesas. Pequeñas figurillas humanas salieron despavoridas y se lanzaron, a campo traviesa, por la llanura helada. Agitaban sus brazos, que por la distancia parecían diminutos; tropezaban y caían, en la fuga.

El rayo continuó su obra demoledora. Con lágrimas en los ojos, lágrimas de furor y de impotencia, Dave observó la mortandad. Los seres vivos se retorcían y ardían en el acto, como un insecto bajo los rayos concentrados por una lupa. A su paso entre las cabañas, «aquello» había diezmado a los míseros habitantes.

Parecía una pesadilla, y lo era. El inventor del rayo desintegrante, o dotado de una potencia calorífica terrible, encontraba campo experimental en sus inofensivos y míseros compatriotas.

De pronto, Dave comprendió: tal mortandad no era el afán vesánico de un sabio desequilibrado. Alguien intentaba «aislar» el invento, además, fulminando a toda cosa viva que alentase a su alrededor y «cerrándose» en un círculo de muerte.

Los hombres que huían del poblado pesquero, de las cabañas de maderas y pieles, detuvieron a poco su carrera frenética. No porque sus fuerzas, agotadas en la huida, fallasen, sino porque llevaban en sí el germen de la destrucción. Uno tras otro, fueron abriendo los brazos, quedaron en precario equilibrio sobre el hielo y cayeron al fin.

¡No quedó un superviviente!

El federal hubiera querido acercarse al poblado, a examinar las víctimas y tomar informes en el lugar de la catástrofe de los misteriosos efectos del rayo. No lo hizo porque temió entrar en una zona de radiaciones mortíferas que pudiera comprometer el resto de

su misión, y sufrir, inútilmente, el castigo de la curiosidad. Se limitó a seguir observando, próximo al castillo.

El muro de vapor acuoso terminó el cerco inexorable. El hombre que calculó el radio mortal, tomando como centro el baluarte de piedra, debía disponer de un mecanismo matemático, pues los extremos de la circunferencia trágica coincidieron en el punto inicial.

El peñasco y su castillo maldito habían quedado convertidos en un islote.

Dave regresó enfebrecido a dónde estaban sus amigos rusos. No intentó ocultarles la ametralladora que portaba, y la palidez de su rostro era tal, que Fedor le preguntó:

—¿Has visto algún aparecido?

—He visto a la Muerte —contestó el americano—. Acaban de perecer todos los pescadores, vecinos; tal vez unos cincuenta.

El ruso, sin preocuparse del arma que Dave esgrimía, se acercó a él y lo zarandeó de un hombro.

—¿Has sido tú? —gritó, como un energúmeno.

Por toda respuesta, Dave le mostró el cargador intacto: el arma, fría y perfectamente engrasada.

—No me habían hecho nada —contestó—. Los mataron, mediante una enorme esfera, desde la terraza de este edificio.

Los cuatro hombres retrocedieron espantados, cual si acabasen de recibir un empujón físico, como si Dave los hubiera fulminado con un anatema. Fue Grischa el que reaccionó antes, y tomando su capote y un fusil se dirigió con desalentados pasos hacia la puerta.

—¿Adónde vas, estúpido? —exclamó Fedor—. ¡Te matarán!

—Voy a investigar —dijo, sombrío, el hombre de Kiev—. Es demasiado terrible y necesito ver para creer.

—Yo no lo hice —explicó Dave—, por miedo a las radiaciones; pero si me prometéis ayudar a mi amigo cautivo, acompañaré a Grischa. ¡Quedaos con la ametralladora!

Fedor pareció cavar. Su cerebro, embotado por el alcohol, trataba de sacar una idea entre el caos de pensamientos. Al fin, sonrió bestialmente, y dijo:

—Te creo, padrecito, y fío en ti. Voy a proporcionaros un par de auxiliares.

Se dirigió a una habitación interior y salió de ella, a poco, con

un cajón, cuya tapa estaba hecha de tela metálica. En su interior había ratas.

—Ésta es nuestra provisión de carne fresca —anunció—. Al principio nos causaba repugnancia comerlas; pero son preferibles a los peces del foso. Llevaos estos bichos y soltarlos cuando lleguéis cerca. Si ellos no mueren...

Dave comprendió, tomó el cajón bajo el brazo y, en unión de Grischa, salió afuera. Dos hombres contemplaron su partida, y Fedor los acompañó hasta la puerta.

—Si no volvéis —dijo, a guisa de despedida—, os juro que no todas las balas de nuestras armas se perderán.

El crepúsculo avanzaba, y los exploradores hubieron de darse prisa: el poblado estaba a una milla. Aún se observaba en algunos puntos la fantástica columna de vapor de agua. El frío la hizo condensar parcialmente, y flotaba en el aire a poca distancia. Tal vez se convirtiera en lluvia o nieve antes de alcanzar las altas capas de la atmósfera. Mientras, formaba un círculo siniestro alrededor del castillo.

¡Era el anillo de esponsales de la Muerte, ceñido al dedo de piedra de la sombría construcción!

—¡De la destrucción! —murmuró Dave, siguiendo el curso de sus ideas.

Grischa no pareció extrañado de sus palabras, aún pronunciadas en inglés; él mismo iba barbotando juramentos y amenazas. Comprendía que las palabras del americano respondían a la realidad; aunque al oír el anuncio de la mortandad y verle aparecer con la ametralladora había sospechado. ¡El federal no tenía poder por sí solo para crear la catástrofe hacia la que avanzaban!

—¡Suelta los bichos! —exclamó—. Ya estamos cerca...

Dave metió los dedos en la tela metálica y tiró de ella hacia arriba. Algunos de los voraces roedores levantaron su afilado hocico y le lanzaron dentelladas; pero ya se habían desprendido algunos clavos, y los animales se encontraron en libertad al volcar el cajón sobre un costado.

Al verse sueltos, y espantados por los gritos de Grischa, huyeron en la dirección que los hombres deseaban. Alzaron sus cabezas, ventearon el aire y luego se encaminaron hacia los restos del poblado. Dave y el ruso, los siguieron.

Vieron a las ratas concentrarse alrededor de los cuerpos caídos, y permanecieron expectantes hasta pasados unos minutos. Entonces, cambiando un signo de inteligencia, siguieron adelante y llegaron a los restos que habían constituido las pobrísimas viviendas.

Todo estaba calcinado: utensilios, muebles y cuerpos sin vida. No quedaba una partícula orgánica que no hubiese sido convertida en pavesas, y algunas chapas de hierro —restos de envases, que habían sido utilizadas como protección contra el frío— estaban fundidas parcialmente.

—¡Mira! —indicó Dave, a su compañero.

Éste acudió a la llamada, y observó la más típica prueba de la potencia del fuego. Sobre una piedra —cuarteada— había un cuchillo de acero, con la extremidad de la hoja derretida.

—Más de mil seiscientos grados se necesitan para fundir este material —exclamó Grischa—: trabajé en una fundición de los Urales. ¡Y esto ha sido hecho en el Polo, a la distancia de una versta!

En el aire flotaba un olor repugnante, de chamusquina, Desdeñando buscar más, los dos hombres se alejaron del montón: de cenizas y hierros retorcidos, avanzando en dirección al inmediato foso de hielo.

Los bordes de la quebrada eran suaves y redondos, por efecto del calor; pero se advertía el corte limpio y matemático, de máquina. No iba en sentido perpendicular, sino oblicuo, siguiendo la trayectoria desde el castillo, y el hielo se había volatilizado en una anchura de veinte yardas superficialmente. Su profundidad era incalculable. En la oscuridad que iba envolviéndolos no alcanzaron a ver el fin de la rampa, levemente inclinada hacia un abismo.

—¡Un fantástico tobogán para deslizarse hasta el infierno! —murmuró Dave—. ¿Cómo se arreglará la gente del castillo para recibir provisiones de fuera?

—Las traen en helicóptero... —contestó Grischa—. ¡Vámonos! Estoy asqueado de pertenecer a la Humanidad, y aunque he presenciado verdaderas matanzas en Polonia, esto es la mayor anulación de vida sin provocación ni aviso.

Regresaron despacio. Al pasar junto a un cadáver no calcinado, Dave ahuyentó a una rata y se inclinó sobre los restos. Le interesaba averiguar la causa de la muerte.

Por lo que quiera que fuese, y tal vez advertido por los gritos de sus familiares, aquel hombre había huido. No se le advertían erosiones de importancia y en cambio tenía los ojos tan enrojecidos como si le hubieran acercado un hierro candente.

Tal vez la quemadura —brutal— de los nervios ópticos fue la causa de su fallecimiento, o cayó víctima de una congestión. No podía calcularse con exactitud, y Dave no era médico ni poseía instrumental adecuado. ¡Los dientes de los roedores se encargarían de airear las entrañas del desdichado!

—Al menos, el rayo no parece venenoso —dijo Grischa—. Estos animales devoran a placer.

Volvieron hacia el castillo, y a punto de llegar Grischa dio un empujón a Dave que le hizo rodar por el suelo. Antes que pudiera prevenirse contra el ataque ya el ruso enfilaba el fusil en su dirección.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Dave, incorporándose a medias—. ¿Qué pretendes?

—Agacha la cabeza o no respondo, camarada. —Fue la sorprendente respuesta.

Como no había animosidad alguna contra él, a pesar de todo, Dave rehusó obedecer. Miró en la dirección que señalaba el rifle, como un índice mortal, y vio a un extraño ser que apuntaba, también, en dirección suya, del otro lado, del farallón de hielo. ¡Dave estaba entre dos amigos que le apuntaban con sus armas! El hombre que llamó la atención del ruso era O'Connor, telegrafista del «L-37».

—¡Quieto, Grischa! —ordenó—. Ese hombre no te hará nada: es un compañero mío que vigila del otro lado...

El rostro de pómulos abultados volvió a reflejarla sospecha. Aun conociendo al autor de la destrucción que acababan de contemplar, el vestido de aquel hombre era demasiado extraño y su actitud de lucha no ofrecía duda.

Dave comprendió que sólo con nobleza podría vencer tal animosidad. Por otra parte, era necesario auxiliar al muchacho americano, que, aislado por aquella sima de hielo, estaba tan prisionero como el coronel Fulton.

Para convencer al ruso de que
O'Connor

era inofensivo, el federal se puso en pie y avanzó hasta el borde de la grieta. El telegrafista hizo otro tanto, y Grischa permaneció tumbado en el hielo, esperando.

—Deja el arma en el suelo, Jimmy, y crúzate de brazos —pidió Dave—. ¡Grischa es un amigo!

El telegrafista no entendió, porque el casco de cristal que cubría su cabeza aislaba el sonido, pero como los gestos del federal eran muy explícitos, dejó la ametralladora a sus pies. Luego avanzó hasta el borde de la escotadura.

Grischa, al ver la obediencia del «monstruo», se alzó lentamente y con el fusil terciado. El telegrafista sonreía; como si se encontrase haciendo una excursión por las Palisades, a orillas del Hudson.

—¿Qué tal, jefe? —preguntó, luego de quitarse el casco.

Apenas se veía ya llevado por su entusiasmo, el telegrafista se acercó demasiado al otro lado de la cortadura.

—¡Cuidado, Jimmy! —gritó Dave—. No te acerques más... ¡Retrocede!

El aviso llegó tarde. La débil plataforma de hielo, cortada en ángulo agudo bajo los pies del muchacho, no pudo resistir su peso. El alero de hielo crujió siniestramente y la figura del compatriota se agitó en un escorzo. Cayó a la sima, entre un aluvión de menudos fragmentos, y la avalancha se deslizó por la rampa de la otra orilla hacia el fondo desconocido.

Si Grischa no hubiera estado alerta, el federal habría terminado en aquel momento sus aventuras. Olvidándose de la prudencia, ante el peligro en que estaba su camarada, pretendió lanzarse ciegamente en su socorro.

—Volveré a toda prisa al castillo y traeré cuerdas —dijo—. ¡No es posible bajar así!

—No dará tiempo —gritó el americano, desesperado—. Antes de que podamos salvarle se habrá muerto de frío... ¡Si no lo está a efectos de la caída!

—Entonces... bajaremos los dos —anunció Grischa, reposadamente—. Yo «también» soy tu amigo.

Una idea iluminó a Flescher, que rebuscó afanosamente en los bolsillos. El ruso le contemplaba como si se hubiera vuelto loco, y

más cuando sacó un insignificante ovillo de algo que parecía cristal.

—Con esto bajaré —exclamó el americano—. ¡Vamos a amarrarlo a tu fusil!

—¿Esto? —repitió Grischa, mirándole fascinado—. No resistiría el peso de un sietemesino.

—¡Aguantará! —aseguró Dave, tesonero—. Es un producto yanqui.

Había orgullo en su voz, mientras anudaba sólidamente un extremo del nylon a la culata del fusil. Grischa le dejaba hacer, mudo de estupor.

—Afianza los pies en esta especie de escalón, Grischa, y mantente firme —aconsejó el federal—. ¡Nos va en ello la vida a los tres! Caso de que te faltasen las fuerzas o el equilibrio, suelta el fusil, y que sea lo que Dios quiera.

—¡No fallaré! —contestó Grischa, electrizado.

Apoyó los pies en el rústico escalón y tomó los extremos del fusil con ambas manos. Ya Dave se deslizaba por la siniestra rampa, luego de sujetar el otro extremo del hilo a su cintura.

Bajaba despacio, boca arriba, frenando con sus guantes la velocidad. Nunca le pareció una tentativa tan interminable ni un camino más largo. Por suerte, y mucho antes de que la firmísima cuerda se acabase, sus pies tantearon ciertas asperezas en el descenso. La recta implacable había cedido, en prueba de que el calor del rayo perdió su máxima potencia.

Unas yardas más abajo tocó el final, y entonces se incorporó para buscar a su alrededor. Entre fragmentos de hielo halló un cuerpo tibio: ¡Jimmy estaba inconsciente, pero vivo!

Atarle en su lugar y dar un tirón de aviso a Grischa fue para Dave —en medio de la más completa oscuridad— cuestión de segundos. Cuando vio que el cuerpo de Jimmy ascendía lentamente, suspiró. Después se puso a esperar, resignado, tiritando de frío y de impaciencia.

Un cuarto de hora después emergía, a su vez, agarrado con ambas manos al fusil que le arrojara Grischa con un aviso. Cuando salió a la superficie, su primer abrazo fue para el salvador de ambos.

—Sabía que en Rusia existían hombres de buena voluntad, como en todas partes —comentó—, pero ignoraba que hubiese ángeles.

—Eso es una patraña de la burguesía —contestó Grisha Yurekow, riendo a carcajadas.

V



LOS dos amigos transportaron al herido hasta el castillo, en cuya puerta esperaban los hombres de la guardia, incluso el dormilón. Su asombro al ver al nuevo fue inmenso, porque, desde luego, no era ninguno de los pescadores. ¡Eso se comprendía a simple vista! Después de conducir a Jimmy a uno de los camastros, Fedor ordenó a Gurin permanecer de guardia ante la puerta de la habitación-dormitorio. Para que se mantuviera en vela le hizo montar la bayoneta en su fusil y colocar la punta tocando su barbilla. ¡A la menor cabezada, sabía lo que le esperaba!

Andrew tenía ciertas nociones de medicina y reconoció la descalabradura del mozo. Le habían despojado del traje

impermeable, y los otros rusos admiraban tanto el nylon como el tejido que proporcionaba agradable calor. Coincidieron en que ambos eran tan maravillosos como la fuerte y suave tela del uniforme, porque todo ruso es un experto en remedios para combatir el frío.

Por suerte para el telegrafista, la herida no era profunda. Debió producírsela en el descenso alguna esquirla de hielo o tal vea al chocar, en el fondo, con uno de los fragmentos que le precedieron en la caída. ¡De haber sido ésta en sentido vertical, no viviría para contarlo!

—No tengo elementos para la sutura —exclamó Andrew, desesperado—. Si pudiera subir al botiquín...

—¿Con el herido? —exclamó Fedor, que se rascaba la cabeza con furia—. ¡Malditos piojos!, añadió sin transición. —Si comieran pescado...

Andrew no contestó. Sacó de su bolsillo una navaja y estuvo desinfectándola con «vodka». Antes de que Dave pudiera comprender el uso a que la destinaba, se arremangó el doble pantalón y se dio un tajo en una pierna.

El americano sintió un escalofrío. Seguía sin comprender el porqué de la acción del ruso: las reacciones de aquella gente eran incomprensibles.

—Esconded al herido y llamad a la guardia interior —dijo Andrew, mirando sin aprensión la sangre que manaba de su pierna—. Diremos que me lastimé y que no puedo subir al botiquín. Si autorizan a que me curéis tomaremos las cosas necesarias para el muchacho.

—Pero... ¿y si baja el mismo cirujano? —preguntó Dave.

—Entonces le escamotearemos algunas lañas, mientras me atiende. De no poder hacerlo..., con quitarme las que él me ponga en la pierna estaremos al cabo de la calle.

Dave no contestó, porque se lo impedía la admiración. Apoyó su mano sobre el hombro del herido e hizo una leve presión. Ya Fedor y Grischa habían trasladado a Jimmy al cuartito interior.

Poniendo a Gurin de guardia en la puerta exterior, junto a la garita, Fedor y Dave se acercaron a la verja de hierro que cerraba el acceso a los pisos superiores. Allí empezaron a dar voces, hasta que acudieron en tropel varios soldados.

—¿Qué os ocurre, condenados? —preguntó un suboficial.

—Se trata del pobrecito Andrew —lloriqueó Fedor—. Estaba cortando leña y se hizo una herida con el hacha. ¡Necesitamos que le curen, Danilo!

—¡Que suba con vosotros!

—¡Oh, no! Eso no puede ser. ¡Se está sujetando la herida con las manos para evitar la hemorragia! Entiende algo de medicina y dice que si el doctor está durmiendo él mismo podrá curarse. Con que le dejen algún instrumental...

—¿Tan grave está? —inquirió el sargento con cierta vacilación—. ¿No podéis subirle?

—¡Imposible! —rechazó Fedor, moviendo su enorme cabeza a uno y otro lado—. Es fácil que no pase de la noche, y da unos alaridos espantosos cada vez que intentamos moverlo. ¿No le oís?

Efectivamente, de la planta baja subían ayes en *crescendo*. El sargento pareció decidirse: dio cierta orden y un secuaz partió como una centella. Al rato bajó acompañado de un viejecillo de aspecto saludable.

—¡Vamos, muchachos! —Acució el médico—. Llevadme a dónde esté el herido...

Los soldados acompañaron al grupo, pero no pasaron de la cancela de hierro. Allí se quedaron de guardia por la parte interior.

En el dormitorio colectivo, todos se inclinaron sobre el camastro donde Andrew daba patéticas muestras de dolor.

—¡Hum! Fea herida —murmuró el viejo—. ¿Con un hacha, dices? Más parece herida de arma blanca...

—Traed el hacha, que la vea el doctor —dijo Andrew, con un hilo de voz y como si estuviera agonizando.

—¡No es necesario! A ver: agua caliente en seguida. Unos trapos o sábanas. ¡Lo que sea!

—¿Sábanas? —dijo Fedor, con voz agresiva—. Eso no se estila por aquí abajo. ¿Quiere que suba a por las suyas, Basili?

El viejo dio un respingo, a punto de botar de frío. Decididamente, se estaba allí peor que en sus habitaciones.

—No; dejadlo. Me arreglaré con lo que tengáis. Dadme las gasas del maletín y la tenaza de forcipresura. Las grapas de plata... ¡Hum! No toquéis nada con vuestras sucias manos...

Se agitaba como un torbellino, sin preocuparse del herido; tal

vez para combatir el frío.

—¿No habrá un sorbito por ahí? —dijo, como si pidiera una tisana de hierbas—. ¡Oh, gracias, gracias! Sois chicos previsores.

Con bastante desgana, Fedor le dio la misérrima ración de alcohol correspondiente a su turno de guardia. ¡Cómo no combatese el frío dando saltos, aquella noche habría otra víctima!

El vejete bebió ávidamente, y se hinchó de satisfacción como una esponja.

—No es de lo mejor —murmuró—, pero calienta. Peor lo dan en Siberia, ¿eh, Fedor?

—Nunca estuve allí —murmuró éste, ceñudo—, pero le aseguro que como este vodka no hay ninguno, Basili.

—¡Oh, sí! —concedió el médico—. Conozco el que destilan de troncos podridos, y vale menos. Una vez, en Irkutsk, encontré en mi vaso un gusano y me lo tomé como aperitivo.

Entre bromas y veras, Basili había hecho su labor, interrumpida a veces por los gritos y exclamaciones de Andrew.

—¡Qué admirable veterinario haría usted! —exclamó el herido, sin poderse contener—. Dale un trago al matasanos, Fedor —dijo a su amigo, haciendo un guiño de complicidad.

Fedor cedió en beneficio del borrachín otra dosis. A aquel paso, la guardia exterior se haría aquella noche alrededor de la mesa camilla y jugando a los naipes. ¡La ración del propio Gurin fue sacrificada!

—Tenga usted la mía, doctor —musitó Dave, al tiempo de coger unas grasas del maletín.

Por lo menos, no tendrían que abrir la pierna al ruso, de nuevo.

—Excelente vodka y excelentes muchachos —decía el doctor, bebiendo a troche y moche—. Me quita el mal gusto de boca de esta tarde...

—¿Estuvo Orloff Petrovich de uñas? —preguntó Fedor, mirándole intencionadamente.

—¿Eh? ¡Nada de eso! De excelente humor; siempre está así conmigo, por supuesto. Si aprecia algo en este mundo es su pellejo, y sabe que soy un buen médico. Me refería a los rayos.

—¡Estás de broma, padrecito! —exclamó Fedor, con aire bonachón—. Si no ha habido tormenta... ¿De qué rayos hablas?

—¿Rayos? ¿Hablé de rayos? —dijo el hombre, palideciendo—.

No hagáis caso, muchachos; no sé lo que me digo. ¡Ese miserable! Quiero decir esa miserable ración de alcohol... En fin: con rayos o sin rayos, con vodka o sin él..., ¡hasta mañana!

Cuando el vivaracho Basili se marchó, Andrew suspendió automáticamente sus alaridos. Se puso en pie, a pesar de su pierna herida, y sacó de su bolsillo una de las herramientas de sutura.

—Mañana se la devolveremos —explicó— diciendo que se quedó encima de la cama. Lleva alcohol suficiente para caer roque, en cuanto se tumbe.

—Debisteis sondearle un poco más —murmuró Dave, que llevaba entre sus brazos el cuerpo de Jimmy y lo depositó en una cama.

—¿A ése? —preguntó Fedor, señalando al techo de la habitación T. Es el más repugnante reptil de toda la casa, y me atrevería a decir que de Rusia. ¡Es un indecente espía! Hubiese tardado Orloff menos en saberlo que nosotros en decirle algo sospechoso.

—Ya oí la indirecta de Siberia —reconoció Dave—, pero creía que era un error de parecido.

—Conocí al bandido en una de las fábricas al norte de Alma Atan, y sé bastante de lo que allí se prepara. Basili escapó de aquel infierno, a base de «soplar», para meterse en éste. ¡Así paga el diablo!

Bajo las manos hábiles de Andrew, la herida de Jimmy quedó suturada y el muchacho fue abrigado con las mantas disponibles. Los pies, desnudos y colgando fuera de la cama, le fueron sumergidos en un balde de agua tibia, a la que añadieron caliente de forma progresiva. Andrew y Grischa se alternaban para alimentar el fuego, y la habitación parecía una estufa.

—A este paso —murmuró Fedor—, ¡adiós nuestra provisión de leña! No queda ni para tres días.

—Antes de ese tiempo habremos salido de aquí, o no saldremos nunca —contestó Dave.

Las sensatas palabras del ruso le habían vuelto a la realidad. Tenía mucho que hacer y muy poco oxígeno en el submarino. Aunque nunca se le pasó por la imaginación, ahora menos que nunca pensaba abandonar a sus eficaces auxiliares. Eran seres apolíticos (mejor podría decirse anti políticos), que no diferían en nada del resto de los humanos al otro lado del telón de acero. Pese

a sus taras alentaban en ellos hombría y honradez, y, por lo que Fedor había insinuado, conocía bastantes secretos industriales de Siberia. Tal vez más de los que descubriera al mundo occidental el ingeniero Bonrnet en su libro *«Yo vengo de Rusia»*[1].

Sólo algunas ciudades-fábricas pueden situarse en el mapa, tales como Novo-Koutznetsck, Stalinsk y Komerovo, Atomgrad y Novosibirks. En esta última trabajan los hermanos Alekhanian y Serge Vasilov, presidente de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S.

En Atomgrad desarrollan una actividad frenética los equipos al mando del sabio Pietr Kupitza; todos ellos a la búsqueda de aparatos y fórmulas destructivas.

«Investigaciones atómicas y ensayos de aplicación de rayos cósmicos —seguía pensando Dave Flescher, siguiendo su proceso mental—. ¡Rayos cósmicos! ¿Y por qué no?».

El Instituto Tecnológico de Massachusetts había elevado globos sin tripulación a una altura de más de cincuenta millas sobre la Tierra. Se comprobó que las partículas radiantes del Sol tienen una potencia calorífica de billones de voltios, y era muy posible que los rusos hubieran conseguido canalizar aquella fuerza destructiva.

Que tuvieran el laboratorio de ensayos en el Polo no importaba. A unas millas de altura, el frío y el calor son completamente distintos de la superficie. Sólo un sabio podría dilucidar estos problemas, y Dave no lo era. No necesitaba serlo tampoco. Se limitaba a laborar por América, y en aquel castillo había un compatriota que esperaba su ayuda.

Poseído de un afán febril, tomó el manojó de ganzúas y se dirigió hacia la escalera de piedra.

—Voy a penetrar de nuevo —anunció—; pero esta vez no rescataré alimentos, sino una vida.

—Te acompañamos —dijo Fedor con sobriedad.

El americano rechazó con su gesto.

—No interesa formar el zafarrancho todavía. Voy a tratar de salvar al coronel Fulton empleando la astucia, y de imponerse la fuerza, vosotros veréis lo que conviene hacer. En caso de apuro, Jimmy podrá indicaros una curiosa escapatoria.

Un vigor nuevo parecía dominar al federal. Dejó a los rusos y avanzó, como la vez anterior, tanteando en la oscuridad. No poseía

ni una miserable linterna; pero la falta de luz servía también para ocultar sus pasos.

Avanzó, después de franquear la reja, por el pasillo de los calabozos. Bastó un ligero siseo para que el coronel acudiese junto a él, del otro lado de la puerta.

—Gracias a Dios que has venido —murmuró—. ¡Nunca se me hizo un día tan largo! ¿Y la botella?

—A estas horas su contenido está en poder de nuestros amigos, en América.

Fulton suspiró y sus manos se crisparon en los barrotes que cruzaban el ventanillo.

—En ese caso, no me importa morir —dijo—; pero antes tengo que saldar una cuenta con Orloff Petrovich, si es posible.

Había un acento firme y dramático en sus palabras. Dave no perdía el tiempo y ensayaba una tras otra, infructuosamente, las ganzúas. La cerradura del calabozo era demasiado sólida para vencerla con unos simples hierros retorcidos, y pese al frío reinante el federal estaba sudando.

Fulton temblaba, en cambio, tanto por la falta; de ropa como de impaciencia.

—¡No me es posible abrir! —reconoció Dave—. Tengo que ir a buscar las llaves del carcelero...

—Al fondo del pasillo, en un recodo, suele pernoctar. Ve con cuidado y procura cogerle desprevenido. ¡No cometas imprudencias!

Flescher avanzó de puntillas, pero antes de llegar a la parte iluminada le puso en guardia el crujido de una banqueta. Decidido a jugarse el todo por el todo, avanzó pisando firme.

—¿Quién va? —dijo una voz aguardentosa.

—Sacha —contestó el joven.

Era un nombre elegido al azar, pero tanto daba. Bastante corriente, por otra parte, confiaba que existiese algún soldado que se llamase así. ¡No puede preverse todo y en ocasiones hay que improvisar!

—¿Qué vienes a hacer por aquí? —preguntó el guardián, emergiendo a plena luz.

Estaba a seis pasos de Dave y era un auténtico coloso. Inmediatamente se dio cuenta del engaño, y aunque la sorpresa no

le permitió reaccionar dando la alarma, se dispuso a luchar.

Sacó un machete de ancho filo y se lanzó contra el intruso.

La embestida pudo ser catastrófica para Dave si, recordando un truco aprendido en la Academia de Quantico, no lo hubiera puesto en práctica con la mayor serenidad.

Consistía en fingir terror, pues nada envalentona más a un atacante que desestimar la fuerza de su adversario. En el momento en que el arma parecía qué iba a sepultarse en el pecho de Dave, éste se agachó a un lado con la viveza y agilidad de una mangosta. Esquivó hacia la derecha, y un pie —cruzado en el camino del ruso — hizo caer al enemigo.

El carcelero no abandonó el arma al desplomarse. Con agilidad sorprendente, dada su corpulencia; se revolvió en el suelo contra el alud que se le venía encima.

Dave dio una patada formidable en la muñeca armada. Con un bramido de ira, el ruso abrió la mano en una crispadura involuntaria y el cuchillo saltó a regular distancia. La diferencia de peso estaba aún a su favor y luchaba con la desesperación del que se juega la vida.

Cogió con sus manazas inmensas el cuello del americano, y éste sintió que aquella tenaza tenía tanta potencia como si fuera de hierro. No le dio tiempo a expeler el aire de sus pulmones, ni podía separar las garras que lo ahogaban. ¡Unos minutos más y caería víctima de su rival!

Abrió los brazos en demanda de aire, con los dedos extendidos y los filos de las manos hacia adentro. Asestó un doble golpe a los costados del gigante y en él puso toda su fuerza el instinto de conservación.

Otro alarido, más fuerte que el primero, resonó por los corredores sombríos. Uno de los presos, que presenciaba la escena con ojos saltones, rompió a cantar desaforadamente. El coronel, unas puertas más allá, secundó aquel principio de escándalo. ¡Era preferible un ruido definido a otro de dudosa interpretación!

Amparado por la claudicación del enemigo, Dave repitió el golpe al cuello del carcelero. Entonces el hércules soltó la presa para defenderse de aquel diluvio. Ante un profesional de judo el ruso estaba siendo duramente baqueteado.

Se puso en pie, haciendo un verdadero esfuerzo. Curvado por el

golpe a los riñones, su demanda de auxilio fue ahogada por el escándalo de los presos. No fue su llamada un toque de clarín precisamente, pues las cuerdas vocales hablan sido afectadas seriamente.

Como un matarife que apuntilla una res. Dave lanzó mi directo al estómago de su adversario. Cuando éste se doblaba, acusando el castigo, las dos manos del agente —unidas en forma de maza— le golpearon la nuca. Cayó «groggy» junto al inútil machete.

El americano se precipitó sobre el manojito de llaves que colgaba de la cintura del vencido. Sin preocuparse de éste, se lanzó hacia el calabozo del coronel y abrió su puerta. Detrás de las otras se oían frases de estímulo y súplicas fervientes.

—Vamos, Fulton —acució Dave—. ¿Qué le ocurre?

El prisionero avanzaba por el pasillo con la lentitud de un paralítico, agarrándose a las paredes.

—No es nada, muchacho —dijo, contestando a la pregunta—. ¡Azares del oficio!

Al. Hablar así se recostó en la pared y procedió a arremangarse una de las mangas del pantalón. Una llaga monstruosa, de la rodilla para abajo, se advertía a la débil luz. La inflamación era notoria.

—La otra está igual de gordita —explicó el coronel, con una sonrisa.

Parecía estar hablando a su amigo de dos mellizas acabadas de nacer.

—¿Tormento? —preguntó Dave, reprimiendo un escalofrío.

—Un pequeño recuerdo de los presidios soviéticos. ¿No habías oído hablar de botas de hierro, forradas, de clavos? Son reminiscencia de la «virgen de acero» medieval, sólo que éstas no matan.

—Apóyese en mi hombro, coronel. ¿O prefiere que lo tome en brazos?

—Puedo andar, con algún trabajo —contestó el recién liberado—. Vuelve y liberta a los otros; son un francés, un polaco y un ruso, compañeros de fatiga y buenos amiguetes.

Dave volvió sobre sus pasos y cumplió el encargo. Realmente, no podía ir por el castillo con aquella ristra de inválidos: enfermos y depauperados serían un estorbo más que otra cosa.

—Quédense donde están —aconsejó—. Si les sorprenden, no los

pueden castigar, ya que no escaparon. En caso de armarse gresca, confíen en los guardianes rusos de la puerta. ¿Los conocen?

—A los cuatro —contestó el ruso, por todos—; he hablado con ellos varias veces. Celebro que se hayan puesto de su parte, y yo mismo lo haré, siempre que no atente contra Rusia.

—Voy contra el demonio de Orloff únicamente. Ocúpense de atar al carcelero y meterlo en el calabozo del coronel. Tápenle la boca con trapos, y el cuerpo con cualquier zarria. Parecerá el preso, si hacen una inspección superficial.

—Vuelva pronto, si puede hacerse con armas —murmuró el latino, en un inglés deplorable.

—Pierdan cuidado, amigos —contestó el coronel—. Flescher les ayudará de nuevo cuando tenga oportunidad. ¡Vamos ahora, Dave! Aprovechemos esta racha de suerte.

No pensaba en huir, cuando todas las circunstancias lo aconsejaban así. Malherido y débil, tenía que rematar su misión, aprovechando la ayuda providencial. Dos sombras furtivas avanzaron por los pasillos, débilmente iluminados.

Subir hasta el piso segundo fue ardua tarea, pues remontar cada escalón suponía para el coronel un verdadero tormento. Avanzaba no como un hombre libre, sino como esas larvas que se arrastran, y rehusó una vez más la ayuda de su amigo.

—Serán estas piernas mutiladas las que me lleven a presencia de mi verdugo —afirmó, con voz llena de entereza.

Evocativo es el título de nuestra Serie

WINCHESTER

porque recuerda la época turbulenta de la historia del Far-West. En estas novelas se plasman argumentos interesantes y de ritmo dinámico protagonizados por hombres que sabían enfrentarse a la muerte con una sonrisa o un gesto de desafío.

WINCHESTER

es el prototipo de las mejores novelas de *cowboys*.

VI



RLOFF Petrovich estaba hablando en aquellos momentos. Hacíalo con un viejecillo enjuto y de ojos rodeados de profundos surcos, en una estancia dotada de calefacción y muebles confortables.

—Siento mucho —decía su interlocutor— que la primera prueba de mi invento se haya verificado sobre rusos. ¡Tal exceso de crueldad no le honra!

Orloff abrió la boca en una risa feroz. Sus ojos verdosos brillaban y bailaban dentro de las órbitas, cubiertas de pobladas cejas. La testa cuadrada, maciza, se asentaba en un cuello de toro, y la nariz parecía un garabato. Resultaba chato y bestial, tanto en detalle como en conjunto.

—No quiero discutir minucias, Boris —exclamó, haciendo un gesto burlón—. Practicaba, simplemente, y borrar esa chusma fue

culpa del rayo que los pilló en su camino.

—¡Usted la tuvo, Orloff! —insistió el sabio—. Calculó a la perfección el alcance del aparato, para que los cogiese por medio. ¡Ni uno solo ha podido librarse de morir, y me ha estropeado el informe que iba a presentar ante la Academia de Ciencias!

Un guiño maligno sustituyó la sonrisa de Orloff, y miró al anciano —que se atrevía a censurarle— con el interés de un entomólogo hacia el insecto recién capturado. Aquella pavesa humana pensaba «solamente» en la parte científica de su invento, cuando él mismo, en cambio, veía tantas miríficas posibilidades.

—Traiga el resumen de sus trabajos y lo repasaremos entre ambos —pidió, ocultando el brillo de sus ojos—. Usted cuidará de los detalles técnicos, y yo le daré la ampulosidad que requiere...

—¡No! —barbotó el llamado Boris—. No lo tengo escrito aún —rectificó—. Me llevará varios días reunir los datos dispersos.

La boca de Orloff se crispó en una mueca amenazadora. Avanzó hacia el sabio, un enano a su lado, cuyo cráneo protuberante podía admitir airosamente una comparación.

—¡Maravilloso invento! —exclamó el amo de la fortaleza, desviando su ira por caminos de diplomacia—. El mundo entero ensalzará su nombre, Boris, y por carambola hablará de mí, que le he cedido esta propiedad y mi dinero desinteresadamente. Sólo unas migajas de su fama es lo que deseo, pues tengo por seguro que mi apellido se eclipsará ante el suyo...

El sabio, olvidándose de su resquemor, se esponjó ante el elogio. Empezó a hablar con la euforia de un muchacho que estrenase un juguete:

—En la Naturaleza hay más partículas elementales de lo que habían calculado los teóricos —dijo—. Pensaron que el mesotrón se descomponía sólo en electrones, y que disociar éstos era el máximo de las posibilidades humanas. ¡Yo les demostraré que se equivocaban! He descubierto algo infinitamente menor: los varítrones, de los cuales he conseguido aislar catorce tipos diferentes. El poder de los rayos solares es infinitamente mayor que el de un ciclotrón tan grande como nuestro planeta, y usted ha visto los efectos en una millonésima parte de su potencialidad...

Orloff no estaba dispuesto a asistir a una conferencia de divulgación. Le interesaba el invento por las posibilidades

económicas que encerraba, y no iba a cedérselo a Rusia ni a ningún otro país. Lo explotaría en su propio beneficio, y se erigiría en el zar más poderoso de todos los tiempos. Las potencias doblegarían su orgullo ante él, y sería señor de vidas y haciendas. Sólo le faltaba eliminar a aquel hombrecillo pedante, que consideraba el invento desde el punto de vista de la ciencia pura.

—Estoy deseoso de ver cifras y detalles —exclamó—. Le ruego que no aplace más mi petición y que me traiga cuanto antes esos datos para que los estudiemos. Si es necesario aclarar algún punto...

—Le digo que no los tengo escritos, Orloff —contestó Boris, como si despertase de un sueño—. Todas las cifras están en mi cabeza, porque he trabajado muchos años sobre ello.

—¡Mentira! —farfulló el gigante, irritado ante la negativa—. Es imposible conservar en la memoria docenas y cientos de fórmulas. Por última vez, amigo mío, le ruego que me atienda como yo lo hice hasta ahora.

—Le devolveré su dinero y el doble de lo que me ha facilitado, si se empeña —murmuró el sabio—. Los hermanos Alekhanian recibieron del Gobierno doscientos mil rublos de premio por un trabajo inferior al mío. Aunque me den medio millón, le prometo no quedarme con un maldito kopec; pero déjeme, elaborar minuciosamente los planos de la esfera y repasar las acotaciones. Dentro de un par de meses...

—Dentro de un par de minutos —retrucó Orloff— quiero tener todo eso en mi poder. ¿Conque no hay planos ni datos escritos, asquerosa sabandija? Ahora verás cómo trato yo a los desagradecidos.

Orloff pulsó un timbre de su mesa de despacho. Al instante aparecieron dos soldados, que guardaban la puerta, y se cuadraron rígidamente ante su jefe.

—Sujetad a este hombre a una silla y ponedlo «tierno». Trata de escamotearnos sus documentos.

—¡No! —gritó el aterrado Boris—. El Gobierno tendrá mi invento en cuanto esté terminado, y tal vez pueda redactar el informe definitivo antes de un mes...

Los dos soldados, sin hacer caso de las protestas del viejo, le cogieron en volandas y lo sentaron. Uno de ellos abarcó con su cinturón de cuero el pecho del viejo y el respaldo de la silla. Metió

el cañón de su pistola por una anilla lateral y empezó a darle torniquete.

Pronto se hizo sentir la presión de la correa. El cuerpo del viejo quedó firmemente sujeto a la sólida madera y se le fue congestionando el rostro.

—¡Socorro! —gritó, como si se hallase en el centro de una plaza pública—. Es cierto que no tengo aún esos papeles...

—¡Dale vueltas hasta que yo te avise! —ordenó Orloff al verdugo—. Si te cansas, que te ayude tu compañero.

Una risotada le contestó. El soldado siguió acentuando la presión de la correa, hasta que se sintieron unos chasquidos repelentes. El corazón del sabio saltaba alocadamente en su jaula de huesos, y con los ojos inyectados en sangre pretendía resistir aquel ataque de la fuerza bruta. Un sudor preagónico le bañaba el cuerpo. Sus sienes latían desaforadamente.

—Piedad... —pudo balbucir, con los labios crispados, babeantes—. Entregaré lo que me pedís, pero soltadme. ¡Me ahogo!

Orloff hizo un gesto y el arma del soldado empezó a dar vueltas en sentido contrario. Al cesar la presión, el sabio se deslizó hasta el suelo, libre de la correa asesina.

—Llévadle a dónde os indique y cuidad de que no os engañe —ordenó el tirano—. Entiendo bastante del asunto que se trae entre manos, y si pretende burlarnos...

La amenaza quedó suspendida en el aire, mientras los soldados arrastraban sin miramientos el cuerpecillo enteco y débil, extenuado.

Cuando sus esbirros regresaron, uno de ellos llevaba en las manos un cartapacio repleto, cuyo contenido alegró los ojos de Orloff. Había esperado pacientemente, sin demostrar excesivo interés, hasta comprobar el resultado del invento. Ahora que ya lo sabía, era él muy suficiente para corregir cualquier detalle. Llevaba años recluido en el odioso castillo, acechando como un hurón a la entrada de una gzapera.

¡Ya no tendría que aguardar más! Planos y cifras estaban allí, y se disponía a ordenar que encerrasen al sabio en un calabozo, cuando el soldado que entregó los documentos le dijo:

—Este hombre dejó una nota escrita sobre su mesa de laboratorio, mientras parecía rebuscar en los cajones. La cogí y me

la traje también, Jefe.

—¡Dámela! —exigió Orloff.

La nota estaba manuscrita en taquigrafía, y el tirano empezó a descifrarla en voz alta:

—«Destruye el cable de sujeción de la esfera, y haz desaparecer las lentes de repuesto. Confío en ti, Olga».

—¡Miserable! —exclamó, avanzando hacia el sabio—. ¿Conque dando órdenes secretas a mi sobrina? ¡Acabas de firmar tu sentencia de muerte, pero no te irás de vacío!

Sin tener en cuenta el estado del hombrecillo ni su endeble constitución física, Orloff se acercó a él con el puño en alto y descargó sobre su cabeza un golpe demoledor.

Antes de recibirlo, Boris chillaba como una rata cogida en un cepo. Después de sufrir aquel mazazo, se desplomó, por segunda vez, como un pelele sin vida.

Entonces se abrió la puerta de una habitación inmediata y apareció en el umbral una joven bellísima. Tenía ojos verdes también. Sus pómulos y mentón lucían curvas demasiado acusadas, que denunciaban la ascendencia eslava y una firmísima voluntad. Los cabellos rubios parecían erizarse con movimientos autónomos.

—¿Qué ocurre, tío? —preguntó—. ¿Quién grita?

De una ojeada comprendió de lo que se trataba. Orloff la envolvió en una mirada despectiva.

—No es nada, Olga —contestó—. ¡Vuelve a tus habitaciones!

La joven ignoró la orden, y llegó hasta el cuerpo inmóvil del sabio. No necesitó darle la vuelta para saber de quién se trataba, y lo señaló a Orloff con gesto imperioso. Saltaba a la vista que, si en el castillo mandaba el tío, la sobrina poseía indudable ascendiente sobre el tirano.

—Antes quiero saber qué pasa —exclamó—, y por qué Boris se halla sin conocimiento. ¿Vas a decirme que él «también» es un traidor a la causa?

Orloff hizo un mohín de impaciencia.

—Mira, sobrina; ¡no te metas en esto! —aconsejó—. El viejo está muy excitado a resultas de su experimento; sucedió un contratiempo y ha sufrido un ataque de histeria. ¡Hacerme una escenita a mí, que soy su protector! Le he recriminado y parece que le dio un síncope. Vosotros —añadió, dirigiéndose a los soldados—:

lleváoslo... ¡Y que descanse!

El guiño que acompañó a la orden fue bastante explícito. Olga lo captó y sintió una angustia indecible. Aun sin haber escuchado la conversación anterior sospechó que algo terrible se estaba fraguando ante ella.

La joven se inclinó junto al caído y procuró reanimarlo, Orloff paseaba ceñudo y malhumorado por aquel retraso en sus planes.

—Levadlo a la enfermería —repitió— y que Basili le atienda. Mañana, si no surgen complicaciones, estará otra vez como antes. ¡Más fresco, si cabe!

El sabio fue transportado esta vez en brazos, como atención a la presencia de Olga, a quien repugnaba el salvajismo. En el cacto espinoso que era el corazón de Orloff, sólo brotaba en ofrenda a la Naturaleza el afecto hacia la joven; casi paternal, aunque abrupto a veces.

—Tu explicación no me convence, tío —exclamó ella, apenas salieron los soldados con su carga—. Ese hombre, que me ha educado y me quiere, es como un niño. Si lo manejas bien, tendrás de él una devoción sin límites y conseguirás que culmine su invento en beneficio de nuestra patria.

Olga era una idealista. Ignoraba que el artefacto de Boris, ejecutado con penosos esfuerzos por el sabio, había culminado aquel mismo día en un terrible holocausto de vidas. No sospechaba las perversas intenciones de Orloff, aunque sabía que era ambicioso y acariciaba sueños de grandeza.

—Es tarde para que andes levantada, Olga —dijo su tío—, y yo no tengo ganas de discutir. Debo examinar unos papeles...

La joven se acercó a él, tomándole de una mano para conducirlo a un confortable sillón cerca del fuego. Luego se acercó a la mesa y cogió el cartapacio, llevándoselo.

—Lee —pidió ella—: ¡te escucho!

Orloff hizo un gesto de hastío.

—Esto es demasiado científico, pequeña, y no puede tener interés para ti. ¡Vete a acostar!

Pero la joven poseía la tenacidad y perseverancia de una hormiga. Aquella noche estaba dispuesta a competir con una mosca en contumacia.

—Lee... —suplicó—. Me basta con oír tu voz. Si me da sueño la

lectura, habrás conseguido convencerme y me retiraré. Cesa ya de mirar el reloj: en este rincón del mundo no existe la palabra «prisa». ¿O es que aguardas alguna visita? —concluyó, festiva.

Orloff esperaba, en efecto. Aguardaba oír el tiro que le anunciase el paso a mejor vida de Boris y la llegada de los soldados para comunicarle que habían reanudado la vigilancia ante su puerta. Abrió con desgana el portafolio y se dispuso a satisfacer el capricho de Olga, como había hecho siempre desde que murieron sus padres.

Un papel diminuto cayó al suelo, y la joven rusa fue más ágil que su tío. Curioseó el papel, que apenas tenía tres líneas escritas y, haciéndolo una bolita, lo arrojó entre las llamas.

—¿Qué ponía? ¿Por qué lo has destruido? —preguntó Orloff, colérico—. ¡Maldita sea!

—No tenía importancia, tío. Era una simple advertencia del «chiflado» de Boris. Indicaba que no se leyese sus papeles sino ante una comisión de sabios, en caso de morir. ¡Mañana nos reiremos los tres de esa infantil precaución!

El hombre se pasó la mano por la frente y empezó a leer con voz monótona, carente de entonación. Su pensamiento estaba lejos de allí, y hasta que no supiese qué le había ocurrido a Boris no podría concentrarse en la lectura. Las palabras rayos gamma, protones, neutrones y átomos brotaban de sus labios como una cantilena encaminada a dormir a la rebelde.

Mientras tanto, Olga pensaba con extrañeza en tantas cosas raras: la actitud huraña de su tío, los gritos de Boris, su «advertencia» y los soldados...

Entre todas ellas, la impaciencia de Orloff no era lo menos notable. Al fin, no pudo contenerse, y dejó los papeles que leía. Se acercó a la mesa-despacho y pulsó el timbre.

Tuvo que llamar por segunda vez, hasta que la puerta se abrió. Para entonces, ya Olga estaba con todos los sentidos alerta, venteando algo trágico e incomprensible.

El mero hecho de acudir a la llamada el sargento Danilo era extraordinario. El timbre de Orloff estaba conectado con el cuerpo de guardia, y el segundo toque indicaba que algo inusitado ocurría. También resultaba extraño que los soldados no hubiesen aparecido.

—¿Dónde están Max o Iván? —preguntó Orloff, congestionado

—. Hace casi una hora que salieron de aquí, y no han vuelto...

—Ignoraba siquiera que hubiesen abandonado la guardia, señor.

—Buscadlos por el castillo y fuera de él —exclamó Orloff—. Llevaban con ellos a Boris. ¡Traedlo también!

El sargento se retiró con presteza, y se oyeron sus pasos a lo largo del pasillo durante algún tiempo.

—¿No estarás formando una tempestad en un vaso de agua, tío? —preguntó Olga, aun a sabiendas de que algo grave ocurría.

—¡Ya veremos! Por lo pronto, no tengo ganas de leer más. Acuéstate o, por lo menos, retírate a tus habitaciones.

Ignoraba Orloff que es más fácil apagar un volcán que eludir la curiosidad de una mujer. Olga se retiró, pero quedó en expectación de lo que pudiera ocurrir. Ello fue el sargento volvió al cabo de unos minutos, pálido y tembloroso. Abrió la puerta sin pedir permiso, y eso era muy significativo.

—Los soldados y Boris no aparecen ni vivos ni muertos, señor —exclamó—. Pero no es eso todo: las puertas de los calabozos están abiertas. Los prisioneros han desaparecido, y Fedor no ha visto salir a nadie.

Orloff pasó por todos los colores del iris. Ante la culminación de sus proyectos, éstos encontraban un obstáculo: la chinita que se introduce en un engranaje y da al traste con todo el mecanismo. Resopló al disparar sus órdenes:

—No te quedes como un papanatas. ¡Sigue buscando, mientras doy carga a la red exterior! Envíame otros soldados: mi puerta tiene que estar defendida en cualquier momento. Si Fulton ha conseguido escapar...

—¿Cómo pudo hacerlo, señor? Si parecía una momia —exclamó el sargento, extrañado.

—¡Sobornando, idiota! El carcelero será de la pandilla; si lo ves, le descerrajas un tiro, y luego le interrogas. Abre bien los ojos ¡y cuidado con salir nadie fuera del castillo! Se quedará frito el que lo intente...

Al decir esto se dirigió a un armarito empotrado en la pared. Lo abrió con ademán rápido, preciso, y mostró al sargento su interior.

—Dentro de cinco minutos bajaré esta palanca —resumió—. Miles de voltios se extenderán por la red, y el hielo es un magnífico conductor de la electricidad. Advierte a tus hombres.

—Pero... ¿y si los soldados y Boris están fuera del edificio? —preguntó el sargento, palideciendo.

—Acabas de decir, mameluco, que la guardia exterior no ha visto pasar a nadie. ¡Largo de mi presencia!

El sargento se cuadró, rígido. Abandonó la estancia, y Orloff permaneció ceñudo ante el interruptor. Consultaba su reloj con espantosa frialdad, y al pasar cinco minutos empuñó la palanca. Sin un titubeo, bajó el puente por el que iban a deslizarse, en estampida trágica, los corceles de la destrucción.

No le importaba sacrificar vidas humanas, ni aun las de sus propios aliados y colaboradores. Tenía el invento de Boris en su poder y en la terraza del castillo, junto al cable que sujetaba el Imán de rayos cósmicos, un autogiro. En él podrían escapar cuatro o seis personas. ¡Los demás no le interesaban!

Había conservado al coronel Fulton con vida porque le interesaba conocer ciertos detalles relativos a América. A pesar del tormento no consiguió obtener nada de su tozudez, y ahora podía guardárselos. Aislados del mundo por un foso insalvable, cercados por la electricidad y una guardia fiel, nadie saldría con vida del castillo.

Aún le quedaba a Orloff una última garantía. Junto al aparato volador tenía una carga explosiva, que encenderá al elevarse por el aire. La caída del torreón central hundiría por completo el castillo, y había la posibilidad de que, por afinidad, saltase también el polvorín.

—Los que no vengan conmigo tienen un medio para volar, por encima de la red eléctrica —murmuró Orloff, estallando en una risa satánica.

Al otro lado del despacho, Olga escuchaba. Comprendió, un poco tarde, la clase de hombre al que había dedicado hasta entonces su afecto de huérfana. Muda de espanto, no pudo reaccionar como otras veces. Sus rodillas temblaban, agitadas por un movimiento convulsivo, y se miró asqueada las manos y dentro de sí. ¡Había estado conviviendo años enteros con un demonio!

VII



COMPañADME al
arsenal! —ordenó el sargento Danilo a los soldados, que habían quedado en el pasillo mientras él aguantaba la filípica—. Hay que coger armas automáticas, pues se avecina una noche de mil diablos.

Cuando los tres hombres empezaron a bajar las escaleras hasta el primer piso, dos sombras se destacaron de un rincón oscuro. Eran Dave y el coronel, que habían escuchado gran parte de las conversaciones.

El federal siguió al grupo de soldados y, cuando el sargento penetró en el arsenal con otro de sus hombres, Dave se lanzó en frenético «*sprint*» contra el vigilante.

El ruso recibió un primer impacto de los puños de Dave, retrocediendo hasta la pared fronteriza. El americano, en lugar de

aprovechar aquella ventaja para fulminarlo, se volvió hacia la puerta del cuarto donde se guardaban las armas y explosivos del castillo. La llave estaba puesta, y no tuvo sino que girarla para dejar encerrados a sus adversarios. Entonces se lanzó de nuevo contra el soldado, que se levantaba pesadamente del suelo.

Éste empuñaba ya su revólver, y apuntaba con mano temblorosa hacia su enemigo. El golpe que acababa de sufrir lo aturdió momentáneamente y estaba asustado también. No esperaba encontrar frente a sí más que a uno de los prisioneros liberados, débiles despojos humanos, y en lugar de ello enfrentaba a una catapulta.

El tiro salió del arma, resonando en el silencio del castillo como un cañonazo. Dentro del arsenal, dos hombres aporreaban la puerta blindada, que se había cerrado misteriosamente. No podían descerrajarla a tiros, porque enormes cantidades de dinamita saltarían al menor contacto o la más mínima imprudencia.

Dave no dio tiempo al soldado de corregir su puntería. Lanzándose sobre él, aferró la mano armada con su izquierda y con la derecha oprimió la carótida de su adversario. Despreciando los golpes que éste le proporcionaba, luchó, acertadamente, por la posesión de la pistola, que parecía soldada a la mano de su rival.

Una violentísima torsión de la muñeca hizo que el dedo del ruso apretara el gatillo. El proyectil fue a clavarse en su propia cabeza, saltando esquirlas de huesos y gotas de sangre al rostro de Flescher. El federal comprobó que su oponente se desmoronaba; tomó el arma y se puso en pie.

¡Era tiempo! Por la escalera subían en tropel varios soldados, y Dave retrocedió, buscando acomodo en una revuelta del pasillo.

El primer ruso llegado recibió un tiro en pleno pecho, y cayó sobre el rellano cuan largo era. El revólver escapó de su mano y se deslizó por el pasillo.

El americano lo contempló con envidia, y luego vio al coronel Fulton acercarse a por él reptando como una culebra. Aunque apenas podía valerse de sus piernas, el infeliz caminaba a rastras, engarfiando los dedos en cualquier desnivel de las baldosas del piso.

Así llegó, cubierto por Dave, a apoderarse del arma. Con ella en la mano, siguió su lento avance, ante el estupor de su amigo.

—¡Retroceda! —suplicó el federal—. Venga a éste refugio...

—Tengo otro mejor —farfulló el coronel, siguiendo su difícil marcha.

El «refugio» era el balaustre de la escalera, cruzando los fuegos con su auxiliar y convirtiéndolo en una trampa feroz. ¡Cualquiera que asomase la cabeza quedaría fulminado!

Otro tiro de Dave fue seguido por el eco de un gemido.

Ya estaba dispuesto Dave a retroceder en busca de Orloff, para utilizarlo como rehén, cuando sintió el tableteo de una ametralladora en el piso bajo. No podían empuñarla otros que Fedor y los suyos, o los prisioneros huidos. De cualquier forma, constituyó un refuerzo, pues los soldados rusos abandonaron su parapeto e hicieron frente al nuevo enemigo.

—¡Guarde la puerta del polvorín, coronel! —gritó el federal—. ¡Yo voy a ayudar a esos valientes!

Y se lanzó como una tromba sobre el aluvión de soldados. Algunos cayeron, pero él también resultó alcanzado: sintió la mordedura del plomo y el fluir de la sangre. Las náuseas le privaron por unos instantes del conocimiento, y se recostó en el barandal de la escalera. Luego, insensible, cayó, rebotando por los peldaños de piedra.

Los contrarios, diezmados, pensaron entonces acudir en ayuda de Orloff. Sus efectivos se reducían a una decena y necesitaban un cerebro rector que los guiase.

Desdeñando al americano tendido en el suelo, muerto al parecer, subieron nuevamente las escaleras. Si alguien pensó abrir el arsenal, se llevó chasco: las llaves no estaban en la cerradura, y de un extremo del pasillo surgieron dos fogonazos que acabaron con otros tantos hombres. ¡El coronel demostraba que no era manco!

Cuando Dave recobró el conocimiento, vio el rostro de Fedor inclinado sobre, él, anhelante. Todos sus amigos rusos estaban allí, a su lado, y al parecer ilesos: Andrew, Grischa y Gurin. Detrás de ellos, los prisioneros se apoderaban de las pistolas de los caídos. Era una tropilla de siete desesperados, dispuestos a enfrentarse con otros tantos soldados y el siniestro jefe.

—Amigo —musitó. Fedor—: ¿te encuentras bien?

El americano respondió con una sonrisa.

—He debido de perder el brazo derecho —comentó, jocosamente—. ¡Subid en ayuda del coronel! He tenido que dejarlo

solo...

Arrastrando las piernas precariamente y sujetando en su mano izquierda la llave del polvorín, Fulton apareció en el rellano superior.

El federal tuvo que utilizar la mano izquierda para golpear la puerta cerrada, y un gruñido del sargento le contestó.

—Voy a abrirles —anunció—, y tenemos enfilada una ametralladora hacia ustedes. Si muestran las manos vacías, los dejaremos salir y respetaremos sus vidas. En caso contrario..., ¡volaremos todos!

—¡Nos rendimos! —contestó Danilo, sin un titubeo.

Salieron el soldado y él, en efecto, con los brazos en alto y desarmados, al parecer. Empero, el sargento sabía por dónde se andaba, aun en aquella situación de emergencia. Se lanzó hacia el coronel y lo rodeó con un brazo, colocándose a su espalda y contra la pared. En su mano derecha había aparecido, como por arte de magia, un revólver.

—¡Al suelo las armas! —gritó, estentóreo—. De lo contrario mataré a este hombre.

—¡Disparad contra ambos, muchachos! —añadió Fulton—. No os preocupéis por mí.

—E s p e r a d... —gritó Dave, palideciendo. —¡Quietos!

No fue necesaria tal orden para los rusos: temían al sargento, cuya sola figura imponía respeto. Era, sin discusión, el «segundo de a bordo».

Dave se debatía en la mayor de las angustias. Herido, sintiendo gran debilidad, comprendió que no podían salir del castillo so pena de ser electrocutados. Urgía, por tanto, vencer a los hombres del piso superior y levantar la amenaza de que hablase Orloff con tanto énfasis.

—Veamos las condiciones, —inquirió, temblando de rabia.

—La entrega de armas y comparecencia ante Orloff. Os doy palabra de que vuestras vidas serán respetadas: soy el comisario político de aquí y respondo de ello.

—Obedeced, muchachos —pidió Dave, con la cabeza gacha.

—Pero esto supone... —insinuó Fedor, apuntando al sargento.

Fue Andrew Fedorov el que dio la tónica, arrojando su revólver a los pies del soldado. Luego avanzó, con los brazos cruzados y dispuesto a afrontar su destino.

Con lágrimas en los ojos vio Dave a Grischa y a Gurin secundarle. Por último, Fedor tiró también su ametralladora. Los prisioneros intentaron replegarse hacia la salida.

—Amigos míos —dijo el coronel, sujeto aún por el brazo de Danilo—: he sufrido las mismas privaciones y miserias que vosotros, y no quisiera volver al calabozo. Estáis en condiciones de elegir vuestra suerte, pero fuera del castillo hay una potente red eléctrica y dentro seréis cazados como conejos.

Los tres hombres abandonaron las armas también, y el sargento ordenó avanzar y precederle. No abandonó a Fulton, al que seguía utilizando como escudo.

El grupo de los vencidos se encaminó, escaleras arriba, hacia el piso de Orloff. Allí, el ruso fue ayudado por el centinela que se mantenía de guardia ante la puerta; el resto se había refugiado en las habitaciones del tirano, dispuestos a huir por la escalerilla en espiral y utilizar el autogiro.

Los «heroicos» defensores habían adosado una balumba de muebles contra la puerta, que hubieron de quitar al convencerse de la victoria de Danilo. Orloff apenas daba crédito a sus ojos.

—¡Magnífico! —exclamó—. Propondré al mando que te conceda un ascenso. ¡Aprended, imbéciles! —dijo a los otros—. Un hombre sólo ha conseguido reducir a nueve... Valientes así son los que dan gloria y provecho.

Paseó enfático ante los cautivos, recuperando su aplomo, y se detuvo ante Fedor y sus compañeros.

—¡Cuatro traidores! —murmuró, escupiendo el insulto—. Seréis fusilados inmediatamente, si no preferís un baño templado. ¿Y éste? ¿Quién eres tú?

—Dave Flescher, del
F. B. I.

—contestó el aludido—. Vine a salvar al coronel Fulton, y he fracasado.

—¡Muy bien, chicos! Gastaré unas docenas de balas, y dejaremos esto después. Os voy a ofrecer una colección de fuegos artificiales.

—Les prometí la vida a cambio de la mía —apuntó el sargento,

tímidamente.

—Lo siento, amiguito, ¡lo siento! Yo sé cuál es mi obligación. ¡Amarradlos, muchachos!

Los soldados se apresuraron a cumplir la orden. Olga, que estaba escuchando tras de la puerta, no pudo resistir tantos horrores y se desplomó, desvanecida.

Orloff se acercó al armario empotrado y alzó la palanca eléctrica, con lo que Dave dio un suspiro de alivio. ¡Ya no le parecía la situación tan horrorosa!

Los prisioneros fueron trasladados a empujones y culatazos. Los supervivientes pretendían vengar con violencia la derrota sufrida anteriormente y la muerte estéril de sus compañeros, porque, salvo la herida de Dave y un rasguño sufrido por Andrew, los rivales estaban ilesos. ¡Dentro de pocos minutos habrían perdido tal ventaja, con la vida!

Orloff los seguía, gesticulante. Al pasar ante la habitación-arsenal, los soldados se equiparon de sólidas y pesadas ametralladoras. El sargento, al frente de los suyos, parecía un reo camino del patíbulo.

Fuera del castillo, en el patio, los prisioneros fueron alineados contra la pared. Los soldados ocuparon sus puestos frente a ellos, y Orloff pareció gozarse retrasando la sentencia que transmitiría el sargento.

Los primeros a fusilar serían los dos americanos y los prisioneros francés y polaco. En segundo turno caerían los rusos, que tal vez fuesen inmolados uno a uno. Dave reclamó de un soldado que le desatara las manos.

—Es para poder nadar después, en el foso, si me queda algo de vida —explicó, jovialmente.

Orloff le contempló, admirado. No entendía la deportividad de los yanquis, que tomaban sus desgracias con tanta filosofía. ¡Eran para él seres absurdos, niños grandes que juegan con el peligro!

—Concedido —dijo—. Desátale las manos, sargento.

Danilo obedeció, acercándose al grupo. Trabajó afanosamente para deshacer los fuertes nudos, como si hallase gran dificultad en ello. Tal vez deseaba prolongar los minutos de vida del condenado.

—Si le queda algo de dignidad —susurró Dave—, péguele un tiro a ese hombre: es un traidor y lo será siempre, para ustedes y

para Rusia. Le doy mi palabra de que no volveremos a usar la violencia, y de que nos marcharemos de aquí con las manos vacías.

Era una oportunidad que Dave quería aprovechar, adivinando el disgusto del militar ante la falsía de Orloff; pero la respuesta de Danilo, a media voz, le defraudó por completo:

—Si fuera mi vida en ello, lo haría; pero por encima de todo está la obediencia. Me han ordenado acatar las órdenes de ese hombre, y las cumpliré. ¡Buen viaje!

Dave y los de «la primera tanda» vieron alejarse a Danilo con variadas emociones. El federal tomó de una mano a Fulton, y se la estrechó con fuerza.

Ya Orloff levantaba su mano derecha, para dar la orden fatal, cuando se sintió un grito en el aire. Era una nota desgarradora, semejante a la que puede lanzar un ser al que asesinan, que ve avanzar la muerte y no tiene fuerzas para detenerla. ¡Un alarido de mujer, que parecía venir del cielo!

Todos levantaron la cabeza, espoleados por el aviso, excepto el sargento, que recriminó a sus soldados.

Dave, que se había adelantado dos pasos aprovechando el desconcierto, hubo de volver a su fila. Esperaba algo que no sabía definir, y creyó que la llamada angustiosa era la salvación. Intrigado, miró hacia lo alto.

—¡Un ángel! —murmuró, como en éxtasis.

Era Olga. Desdeñando el intenso frío, se había asomado a un balcón rodeado de balaustre de piedra. Sus blancas vestiduras y sus rubios cabellos revoloteaban agitados por el viento.

—¡Pasa adentro! —Mandó Orloff—. Esto no es un espectáculo para mujeres.

—Ordena inmediatamente que lo suspendan, entonces. De lo contrario...

El tirano estaba indeciso. Temía que Olga se arrojase desde aquella altura o que bajase la palanca que los aniquilaría a todos. Prefirió contemporizar, y dirigiéndose al sargento Danilo le ordenó:

—Detén la ejecución hasta nuevo aviso, pero que permanezcan tus hombres a la expectativa. Subiré a calmar a esa fierecilla.

—¡Ángel! —repitió Dave, reflexivo—. No sé si logrará salvarnos la piel; pero, de todos modos, su presencia me ha reconfortado.

—Ya te dije que había una princesa esclava del ogro —comentó

Fedor, sonriendo—. Temo que podrá hacer muy poco contra el reptil que sube a su encuentro.

Dave aprovechó la circunstancia para hablar con los rusos. Abandonó su fila; sin importarle un ardite las voces del sargento, que le ordenaba volver a su puesto.

—Todo puede ser que me fusile por desobediencia —rió el joven, despreocupadamente—. Pero no lo hará antes de bajar su «amo».

El sargento enrojeció, porque consideraba justas las palabras de Dave. No era más que un lacayo, un ser sin voluntad frente al déspota, y dejó al americano hablar con sus compatriotas.

—Siento mucho lo ocurrido y lo que va a ocurrir, amiguitos —dijo el agente en voz alta—. Y lo siento más aún por qué no es lo que yo esperaba para vosotros.

Fedor miró a los suyos, como recabando su opinión antes de hablar. Luego dijo:

—Nos hemos divertido como nunca desde que llegaste, camarada. Todavía esperamos divertirnos, y lo que lamento es no poder fumar un cigarrillo americano. No olvidaré nunca el banquete que nos dimos a costa de la despensa de Orloff, y... ¡quisiera tener nietos para poder contárselo!

—Y tú, Gurin, ¿qué dices? —preguntó Dave al soñoliento prisionero.

—¿Yo? —rió éste—. ¡Soy feliz!

—¿Eh...?

—Siempre les tuve envidia a los osos, que pueden dormir de un tirón varios meses. Ahora, por primera vez, voy a disfrutar de un sueño ininterrumpido. ¡Ojalá se pasen pronto estos minutos de espera!

VIII



ACIA bastante que Orloff había subido para convencer a su sobrina, y la joven permanecía en el balcón. Únicamente justificaba su actitud que se hubiera encerrado tras de las sólidas puertas. Los minutos transcurrían lentos, como un respiro para los condenados a muerte.

El sargento estaba nervioso, y dirigía furtivas miradas hacia la puerta del castillo. Al fin pareció decidirse.

—Petruska —dijo a uno de los soldados—: encárgate del mando del piquete. Yo subiré a investigar.

El aludido se apartó de la fila y avanzó con pasos matemáticos, seguros. Sus botas hicieron crujir el hielo, y ocupó exactamente el sitio que su jefe había, abandonado.

—Ya sabes las órdenes —siguió Danilo—. Nada de ejecutar a los presos, hasta nuevo aviso; pero al menor movimiento de cualquiera de ellos dispara a matar.

Un movimiento de cabeza del soldado demostró que se percataba del asunto. Se mantuvo alerta, con el arma en la mano y dispuesto a herir mortalmente a cualquier rebelde. La fila de soldados restantes era una recta impecable cuando el sargento se apartó de sus hombres.

No tuvo que llegar hasta la fortaleza para comprender lo que había pasado. Del mismo portón y cuerpo a tierra, Orloff salía arrastrándose penosamente. Su cabeza, hendida, manaba abundante sangre. Danilo se precipitó hacia él, ayudándole a levantarse.

—¿Qué ocurrió, jefe? —preguntó, solícito.

—Ni yo mismo lo sé... —articuló el déspota, con trabajo—. Al penetrar en, el castillo... recibí un golpe y perdí el conocimiento... Ahora... salía en busca de ayuda.

—¿Registramos el interior? ¿Ejecutamos a los prisioneros? —quiso saber el subordinado.

—Aún no —murmuró Orloff—. Lo primero es... convencer a Olga. Y eso he de hacerlo yo mismo. Esa gente... ¡que espere!

Los presos se habían dado cuenta de lo que ocurría, y comentaban el suceso entre sí. Algo los protegía, complaciéndose en retrasar el tránsito fatal. Dave había vuelto al lado del coronel, que le preguntó:

—¿Se habrá caído Orloff? ¡Parece extraño!

—Yo le diré lo que ha sucedido —comentó el federal, con un tono de voz apenas audible—. El telegrafista del

«L-37»

estaba escondido en una habitación del cuerpo de guardia. Ha debido recuperar el conocimiento durante el tiroteo, y se ha dado cuenta de lo que pasa. ¡A falta de armas, tomó un leño y con él sacudió lindamente al jefazo!

—Eso nos da un respiro, muchacho.

Mientras los prisioneros se transmitían sus impresiones de uno a otro, el sargento remataba la empresa de acompañar a Orloff hasta sus habitaciones. Detrás del ruso iba quedando un rastro sangriento, pues la sangre le goteaba por la cara, apelotonando sus cabellos en un rojo manchón.

—Llama a Basili, para que venga a curarme —ordenó—. Si está dormido o borracho, despiértale a patadas: ¡necesito un estimulante! Utilizaremos el autogiro para huir, pero antes quiero exterminar a ese canalla.

¡Pensaba que fue Boris su agresor!

Al pasar delante de una puerta cerrada, oyeron golpes y llamadas de socorro. Las llaves no estaban puestas y fueron inútiles los forcejeos del sargento para abrirla.

—Descerrájala a tiros —mandó Orloff, apoyándose contra una pared.

El sargento dio una voz de aviso, y disparó acto seguido contra la cerradura. Ésta cedió entonces, e Iván y Max, acompañados de Boris, aparecieron en el umbral. Los soldados acudieron al lado de su jefe, y fue Iván el que habló:

—Nada más salir de sus habitaciones nos sorprendieron dos tipos, uno de los cuales parecía el coronel americano. Había poca luz y nos redujeron fácilmente, toda vez que este hombre —señaló al sabio— colaboró con ellos a mordiscos y patadas. ¡Su desvanecimiento era un miserable truco!

—¡Llevallo abajo, con los otros! En el momento en que yo esté al lado de Olga para impedirla actuar, matadlos a todos. ¡Que no quede uno para contarlos! Volaremos el castillo y aquí no habrá supervivientes.

—Pero no cabemos todos en el autogiro, jefe —dijo Iván—. Nuestros compañeros...

—Están diezmados; pero, a pesar de todo, se quedarán también. ¡No podemos llevar un lastre inútil! Cuando de Moscú manden a investigar, pensarán que hemos perecido en una explosión casual. Vamos, muchachos. Cumplid mis órdenes y reuníos conmigo mientras los otros soldados lanzan las víctimas al foso.

«Todos» los presentes le habían entendido, y fue Boris el que resumió el sentir general:

—A vosotros os tocará después, imbéciles. Ese hombre es un traidor nato y os utilizará mientras seáis necesarios. ¡Borregos!

Un empujón de Max fue la respuesta a su advertencia: aquellos soldados tenían una fe ciega y fanática. En cambio, el sargento, mientras acudía en busca del doctor, seguía oyendo las palabras de Boris:

—Traiciona a la patria y va a traicionaros a vosotros. ¡Majaderos! Poco duraréis cuando yo caiga...

Las lamentaciones del viejo se perdieron en la distancia. Danilo recordó que, hasta la víspera, aquel hombre había sido el niño mimado de Orloff, y eran pocas todas las atenciones para él. Dueño de su secreto, ya no le interesaba: constituía un estorbo que debía apartarse. Era como un limón al que se ha exprimido el zumo, y cuya cáscara se arrojase al fuego.

—¡Fuego! —murmuró, en voz alta.

Se veía a sí mismo frente al piquete, dando la terrible orden. Luego subiría hasta la terraza superior, dejando a sus muchachos abajo e ignorantes de la explosión que les aniquilaría. Con suerte, tomaría el avión para alejarse de Rusia, y en adelante sería un proscrito, temiendo siempre la traición. ¡Orloff lo mataría, al fin y al cabo, como a los otros!

Llamó a la puerta del médico y, al no recibir contestación, penetró en el cuarto. Como suponía, Basili roncaba estrepitosamente: ¡el hombre era feliz en su inconsciencia!

Lo zarandéo hasta despertarlo, y poco a poco le hizo comprender lo que requerían de él. A trompicones, Yekalin se levantó del camastro, tomó el maletín de urgencia y acudió en busca de Orloff, despejándose a golpes los últimos vestigios de sueño.

No era de gravedad la herida del ruso, pero había perdido mucha sangre. Estaba derregado en su butacón, y Olga, a su lado, le atendía con solicitud. Le había bastado verle herido, despojado parcialmente de su actitud retadora, para que olvidase su maldad. La joven deseaba algo que alejase a su tío de los sueños de grandeza, o soberbia, y aquella herida parecía unirles en apretado lazo familiar.

No obstante, las primeras palabras de Orloff, luego de la cura de urgencia, la convencieron de su error.

—¡Sargento! —exclamó—. Estoy un poco débil para volver a bajar la escalera. ¡Ordena inmediatamente el fusilamiento!

—¡Tío! —gritó Olga—. Ten piedad de ellos, o espera a que vengan funcionarios del Gobierno a Juzgarlos.

—¡El Gobierno soy yo! —contestó Orloff—. Ni un minuto más deben alentar esos enemigos de la patria.

La joven le contempló desesperada, tanto más que el sargento, siguiendo las instrucciones de su tío, había cerrado sólidamente las puertas y ventanas. ¡Estaba condenada a escuchar el tiroteo que pondría fin a una serie de proyectos e ilusiones!

—Dame ese estimulante —ordenó Orloff a Basili—. Necesito recuperarme, y, mientras recobro las fuerzas, guarda mi pistola. Si esa fierecilla intenta desmandarse, impídelo. ¡Tendrás una botella del oporto que tanto te gusta!

Mientras preparaban la inyección de cafeína, el brutal ruso esgrimió el arma entre los temblorosos dedos. Luego delegó en el borrachín todo su poder: la promesa de la bebida aseguraba su fidelidad.

Danilo Lovsorof, sargento del Ejército soviético y destacado al mando de su tropilla en aquel rincón del mundo, alzó el brazo inflexible. Sus labios se abrieron para dar paso a la palabra fatal, definitiva:

—¡Fuego!

Al bajar la mano derecha, rígida, empezó a oírse el tableteo de las ametralladoras. Los cuatro enemigos del Kremlin cayeron al suelo, y lo hicieron también, retorciéndose como lombrices, los soldados del pelotón.

¿Qué había ocurrido? ¿Cuál fue el inesperado hecho que trastornó el orden inmutable de la lógica?

El sargento se pasó una mano por la frente, como queriendo alejar de sí la visión fantástica. Sus ojos se dirigieron hacia el foso... ¡y encontró cerca de él la explicación, aunque pareciese arrancada de las entrañas de una pesadilla!

Una decena de seres alucinantes, con esferas resplandecientes sobre los hombros y un ojo luminoso en lo alto, avanzaban hacia él. Parecían de otro mundo, aunque andaban a dos pies, y sus cuerpos hinchados les daban el aspecto de auténticos robots, animados por afán de exterminio.

Fedor y sus compatriotas parecían extrañados, asimismo. El único que no se maravillaba era Grischa, el hombre de Kiev. ¡Ni el maldito americano, que avanzaba a la carrera!

Tanto era el estupor del sargento, que olvidó el arma que tenía en su cintura, el revólver con que debía apuntillar a los reos. Dio una vuelta sobre sí mismo y se lanzó a la carrera hacia la puerta del

castillo. Dave le seguía los pasos, muy de cerca.

La puerta era demasiado pesada para las fuerzas de un hombre solo, y antes que el sargento pudiera encajarla en su cerco, el pie de Dave se adelantó. Forcejaron ambos, cada cual por su lado, hasta que el federal recibió la ayuda de Fedor y Grischa. Aun con los brazos atados, podían ayudar a su amigo, y Danilo cedió al fin.

El sargento se aprestó a la lucha decisiva. Antes que enfrentar a los misteriosos aliados del americano, que padecer el horror desconocido, derrotaría a Dave y cerraría la puerta. ¡Los rusos no podían combatir amarrados, y la corriente eléctrica se encargaría de borrar todo aliento en la superficie helada!

Con el ansia sobrehumana de la desesperación, o enloquecido de miedo, Danilo avanzó como un oso de la estepa, con los brazos abiertos y el afán prepotente de triturar entre ellos. Cualquier cosa viva que alcanzase perecería.

Pero Dave no estaba dispuesto a servir de víctima propiciatoria: su brazo derecho, herido, no lo aconsejaba. Así, en lugar de eludir al antiguo mujilc y darle ocasión de matarle a tiros, arremetió contra él. ¡De cabeza contra la mole ciclópea!

El encontronazo fue terrible, y de efectos demoledores para ambos. Dave sintió la impresión de haber chocado contra una pared, y el sargento pensó que la cabeza del americano se había incrustado en su vientre. Los dos retrocedieron, como cargas de corriente positiva o muelles en tensión.

El sargento llevó la peor parte. Su antagonista fue recibido, mal que bien, por los dos rusos que acudieron en su ayuda. Atados aún, pudieron servirle de freno en su caída. Después se colocaron ante él, para protegerle de un balazo.

Danilo había reaccionado. Comprendió su ventaja y se dispuso a jugar la baza definitiva. El cañón de su arma avanzaba, recto como una sentencia, hasta el trío rival.

También avanzaba a su espalda algo sólido, que se abatió sobre su cabeza produciendo un crujido siniestro. Cayó exánime, sangrando, y el dedo que sujetaba el percutor se replegó involuntariamente.

—¡Y van dos! —murmuró

O'Connor,

el telegrafista—. Ese maldito tableteo de ametralladoras me

despertó de la fiebre. ¿Qué ha pasado?

—Que has venido a resolver la situación una vez más, muchacho —contestó Dave, abrazándole—. No me has salvado a mí y a estos amigos: has llegado con oportunidad para que subsista la tripulación entera del «L-37».

—Entonces... —murmuró el mozo —voy a acostarme otra vez. La cabeza parece que va a estallarme.

Dave no se entretuvo en soltar las ligaduras de Fedor y Grisha, ni en reconocer al sargento. Encargando a los rusos que salieran al exterior y se pusieran de parte de los recién llegados, subió a toda velocidad las escaleras del castillo. ¡Tenía que evitar, por todos los medios, que volviesen a bajar la palanca fatal!

Sus proyectos no hubieran tenido éxito de no haber sido por Olga. Cuando sintió las descargas de las armas automáticas, creyó que la hecatombe se había consumado. Bastaba observar el rictus sardónico del herido, que, poco a poco, iba sintiendo los efectos del estimulante.

—Bueno —exclamó Orloff—: ¡ya no existen enemigos! Abre el balcón, Basili. Le queda al día luz suficiente para contemplar a mis hombres hacer la limpieza del campo. Veamos cómo arrojan al foso las carroñas y luego, cuando suba el sargento, partiremos hacia otras tierras. ¡Mi estancia aquí ha terminado!

El médico ayudó a Orloff a asomarse al exterior, y la escena que contemplaron los dos hombres los llenó de espanto. «Precisamente» eran los soldados rusos las víctimas, y los prisioneros confraternizaban con unos tipos de extraños ropajes, que sujetaban esferas de cristal en las manos.

—¿Qué clase de narcótico me has inyectado, borracho? —preguntó Orloff, pasándose, una mano por el rostro—. ¿Morfina?

—Yo veo exactamente igual que usted —contestó el hombrecillo, temblando—. Eso es una realidad... ¡Buzos! He visto muchos en Odesa.

—Entonces... son un refuerzo de esos malditos. ¡La palanca! ¡Hay que fulminarlos a todos!

Olga había oído la conversación, y acercándose al aparato forcejeó con él. En vez de bajarlo, lo zarandeó de izquierda a derecha, hasta romper el puente y su puño aislante.

—¿Qué haces, Olga? ¿Te has vuelto loca? —gritó Orloff, avanzando hacia ella como un energúmeno.

—Es lo único razonable que hice en estos últimos tiempos, tío —contestó ella, con serenidad.

No intentó eludir el castigo. Cerró los ojos recibir el primer golpe del hombre que había distinguido con su cariño.

Fue un puñetazo brutal, que la hizo caer al suelo, y allí permaneció, con el rostro oculto por los cabellos, sollozando. Orloff acababa de romper todo lazo afectivo. ¡En adelante sería un extraño para ella, ya que no un enemigo!

Mientras el ruso se afanaba por reparar el destrozo causado por la joven, el doctor avanzaba de puntillas hacia la salida. Barruntaba una tormenta y quería ponerse a resguardo. Lo mejor era aprovechar aquel caos para refugiarse en la bodega: a nadie se le ocurriría buscar allí un beligerante.

Al abrir la puerta dio un grito. Al otro lado, como si hubiera destapado un ataúd, se hallaba un hombre que debía estar muerto. Era el odiado americano, y en sus ojos se leía la firme decisión de acabar con todo enemigo.

—¡Yo soy neutral! —gritó Basili Yekalin.

Y salió corriendo por el pasillo desierto, como alma que lleva tras de sí al diablo.

Dave penetró como una tromba en la estancia. Al ver a Orloff manipulando en el dispositivo eléctrico, creyó haber llegado tarde, y una furia vindicatoria nubló por unos instantes su razón.

No pensó que estaba herido y desarmado. Se lanzó contra el archicriminal, enarbolando la más primitiva arma de defensa y de ataque: los puños, y encontró al ruso poseído de la misma ansia de exterminio.

Ambos rodaron por el suelo como serpientes enlazadas. A su paso, los muebles crujían y se abatían en el suelo. Todos los medios de combate eran buenos, y las manos se crispaban buscando la destrucción y la muerte. La habitación se convirtió en un pandemonium.

Olga, al observar aquella riña homicida, corrió a refugiarse en un rincón. Desde allí contempló el revólver de Orloff, abandonado por el médico en su fuga desesperada. Eludiendo el rodillo humano, lo alcanzó y llegó a esgrimirlo entre sus manos convulsas.

Apuntó e hizo fuego, pero el tiro se perdió en el vacío. Estaba demasiado agitada, temblorosa, y aquel caos bullente se movía con extraordinaria agilidad.

—¡Mátalo! —rugió Orloff, inyectados los ojos en sangre.

—Si con ello cree servir a la civilización, únase al monstruo que lleva su sangre. No encontrará después un refugio bastante oscuro para escapar a la conciencia.

Dave no pronunciaba un discurso en modo alguno: ¡al contrarrestar el mandato asesino combatía! La herida de su brazo había vuelto a manar sangre y también la cabeza de Orloff. El rojizo líquido se mezclaba en el rostro de ambos, y parecían dos fieras ávidas, dos tigres enzarzados en descomunal pelea.

El ruso, al ver que no recibía ayuda de su sobrina, empezó a vomitar contra ella palabras injuriosas. En una ocasión en que pudo zafarse de Dave, se lanzó en su busca con furia demente.

—¡Te voy a matar, perra! —gritó—. Dame ese revólver...

—Ni un solo paso, tío —exclamó la joven, con pasmosa serenidad—. ¡Ni uno solo!

Orloff avanzó, desdeñando la amenaza. Casi tenía en su poder el arma codiciada, cuando sonaron varios disparos. En el pecho del malvado, a través de su ropa, aparecieron rojas floraciones.

El coloso se tambaleó, a efectos del plomo y de la sorpresa. ¡Jamás se le ocurrió pensar que Olga disparase sobre él! Conocía de sobra sus rabieta infantiles y las inofensivas reacciones. Aquello era distinto: ¡mucho!

Sentía que dentro de su carne algo se desgarraba. Dos o tres cosas insignificantes, inanimadas, habían perforado vasos, y tendones. La inmensa humanidad de Orloff vaciló sobre sus pies cuando el suelo empezaba a temblar. Una debilidad o angustia indecible le invadía.

—¡Me has matado, maldita! —barbotó—. Tú, mi hija...

—¡Jamás seré hija de un asesino, traidor a su patria y cobarde! —murmuró Olga, haciendo esfuerzos para no desmayarse—. Tú no eres mi padre. Si él viviese, renegaría... ¡de tu sangre!

Orloff se sujetó a la mesa del despacho. No podía avanzar, y la clara visión de las cosas era sustituida por una neblina progresiva. El cerebro se negaba a funcionar. Dio un traspié y cayó de costado, sobre la gruesa alfombra. Una bocanada de sangre ahogó su última

infectiva.

—¡Márchese! —gritó la joven al americano—. Huya mientras tenga tiempo. Sus amigos no han perecido.

Debía ser verdad, porque la voz de Fedor se oía por la escalera, unida a otras fáciles de identificar. Dave contempló a Olga, comprendiendo la tortura moral en que se debatía.

—¡Véngase con nosotros! —dijo—. Conseguirá olvidar... ¡todo esto! Dese prisa en preparar sus trastos. ¡Tal vez el submarino se convierta en la tumba de todos!

Cuando Olga vio al federal abandonar la habitación, no se dirigió a las suyas. No le importaba rescatar recuerdos, ni vestidos, sino romper con todo aquello y empezar otra vida.

Había algo que exigía un último sacrificio: ¡tomó el cartapacio con los apuntes de Boris y lo arrojó al fuego!

Los primeros en ser trasladados a bordo del submarino fueron Jimmy, Olga y los dos cautivos europeos. Utilizando las escafandras de la dotación descendieron al agua, acompañados por el comandante y cinco de sus hombres. Una vez penetraron en el L-37,

y vaciado el compartimiento estanco, se despojaron de ellas en beneficio de los tripulantes que quedaban en tierra.

Fue uno de éstos el encargado de penetrar nuevamente en el compartimiento. Cuando estuvo inundado de agua, salió, llevando los equipos vacíos, mientras sus compañeros ponían en marcha las máquinas motrices.

Luego descendieron, por el mismo procedimiento, nuevos tripulantes: Boris y tres rusos. Dave y Gurin quedaron los últimos, rezagados. ¡Sólo heridos y muertos había a su alrededor!

En el portalón del castillo habían procedido, minutos antes, a vestir a Jimmy con un mono impermeable y la escafandra. Los que le ayudaban pasaron impávidos sobre el cuerpo del sargento Danilo, tendido en el suelo y, al parecer, sin vida.

Estaba alerta, pese a todo. Echó mano de su revólver y apuntó deliberadamente a Dave, a quien consideraba culpable de tantas desgracias.

—¡Muere, canalla! —exclamó, antes de atacar.

Se oyó un disparo y un grito. Uno de los buzos cayó a tierra, con el ropaje de lona perforado a la altura del pecho. El golpe del

cuerpo, al caer, produjo en el casco de cristal una serie de rayitas sinuosas, parecidas a una tela de araña. ¡Había disminuido en uno el número de los que proyectaban evadirse!

No había sido Dave. Hacia él se enfilaba la pistola del sargento; pero, en el último instante, Gurin le había protegido con su cuerpo. Recibió el balazo destinado a él y ahora yacía en el suelo, malherido, con el traje impermeable taladrado.

El federal se lanzó sobre el sargento, que seguía en el suelo. Poseído de furia, golpeó con las botas de plomo la mano asesina.

Dave se inclinó sobre el cuerpo de Gurin y le quitó el casco, que tiró a un lado. Luego le abrió el «mono» por medio de la cremallera.

—Animo, amigo —le dijo—. Vestirás mi traje acuático y mi casco. Te remolcaré hasta la orilla del agua y abajo te recogerán para ponerte a salvo.

—¿Y tú? —murmuró el herido—. Los otros se han marchado, ya...

—Me enviarán uno —contestó Dave—. Basta soltarlos desde abajo para que floten en el agua. Me reuniré con vosotros dentro de unos minutos.

Minutos... ¡Minutos! ¿No sería demasiado tarde para todos? Estar pasando tantas fatigas para quedarse a mitad del camino, para sentir la mortal opresión en los pulmones. Tal vez el aire estuviese ya tan enrarecido, que sería imposible rebasar el callejón de hielo. El tiempo máximo, calculado por Godson, había pasado, ¡y aún les quedaba un día entero, con doble tripulación, para emerger!

—No —contestó Gurin, sonriendo tristemente—. Yo no puedo salvarme. Siento que la muerte avanza hacia mí, y deseo echar el último sueño sobre el suelo de mi patria. Estoy sentenciado, amigo mío: aquí, o en el fondo del mar...

Dave arrojó una última mirada al foso, por el que habían desaparecido segundos antes los últimos fugitivos. Sus sienes y su corazón parecían martillar, convertirse en el péndulo de un reloj gigante. Por otra parte, bien claro estaba que Gurin no podría ser salvado: su pulso se debilitaba por momentos y el calor huía de él.

—¡Adiós, entonces! —dijo Dave, disponiéndose a abandonarlo—. No te olvidaré nunca..., ¡hermano!

—Yo soñaré contigo desde ahora, «tovarich» —dijo el ruso—. Y óyeme: ¿cuánto tardaréis en encontraros bastante lejos de aquí,

fuera de peligro?

Dave hizo un cálculo de lo que tardó el

L-37

en rebasar el pasillo de hielo. Quince minutos, y otros tantos para descender y expulsar el agua...

—Media hora. Tal vez un poco más... —contestó.

—Creo que podré vivir hasta entonces —articuló, débilmente, Gurin—. Alcánzame el reloj del sargento, amigo. ¡Yo jamás tuve ninguno!

Dave obedeció, extrañado del capricho de disponer de un último juguete. Se estremeció al pensar en el herido, fijando sus ojos agónicos en la menuda esterilla.

—Ahora date mucha prisa, amigo —siguió Gurin—. ¡Daos mucha prisa! —rectificó—. Intentaré subir las escaleras... hasta alcanzar el polvorín. Allí hay una luz magnífica para esperar media hora y... ¡oír la gran campanada final!

Dave comprendió, y un pánico cervical se apoderó de él. Dando un último apretón de manos al herido, emprendió la carrera en dirección al foso. Las pesadas botas dificultaban la marcha, y tropezó varias veces. Al llegar junto al agua se arrojó a la superficie líquida, humeante. Arriba, un nuevo día estaba próximo a amanecer.

Bajó hasta el fondo oscilando lentamente, como un ludión. La densidad del agua y el aire contenido en la escafandra equilibraban el peso de su cuerpo. Tocó el fondo fangoso y encendió su reflector eléctrico.

Varias sombras se agitaban a su lado: seres vivos o cadáveres. El cuerpo monstruosamente hinchado de Wladimir, su primer antagonista, subía hacia la superficie, y al fondo, no muy lejos, la silueta oblonga del

L-37

le atraía como una promesa.

¿O era tal vez una trampa mortal?

Alcanzó las escalerillas del compartimiento estanco y subió al interior. Dentro accionaron la palanca de expulsión, y el agua empezó a descender a su lado, hasta dejarle completamente en seco, junto con los últimos llegados.

Se abrió una puertecilla de comunicación y apareció Godson,

sonriendo:

—Creo que estamos todos; al menos, de la tripulación no falta nadie. ¿Podemos zarpar?

Dave arrojó un vistazo a su alrededor. El coronel, los tres prisioneros que estaban con él en el calabozo: Grischa, Fedor y Andrew, Olga y Boris. No faltaba nadie de los amigos, excepto Gurin.

—¡Avante a toda marcha, Godson! —ordenó—. A la máxima velocidad, aunque nos estrellamos. —El aire... —empezó el comandante.

—¡Acate mis órdenes sin perder un segundo! —gritó Dave, con un principio de ira.

John Godson salió como una tromba hacia el cuarto de máquinas. Luego de dar sus órdenes, se hizo cargo del control de los aparatos de mando.

—¡Fuera el lastre! —exigió por el teléfono—. No perder segundos en la maniobra. ¡Avante a toda máquina! Cuarenta y cinco grados de ascensión, rumbo Sud-Sudoeste. ¡Todos a la brega!

Parecía haberse contagiado de la prisa, de Dave. Aferrado a los mandos del sumergible, no volvió la cabeza, siquiera, al oír los gritos de los pasajeros. Al arrancar a toda marcha el submarino, en una pendiente anormal, los que no estaban sujetos a las barras o maquinaria rodaron por el suelo, en declive, y fueron a amontonarse contra las paredes.

Abandonando el bosque de los muertos, el
L-37

se elevó como una flecha hacia la parte más alta del pasillo de hielo, buscando su mayor anchura y, por tanto, la máxima velocidad. El reflector enfilaba la tapa helada, que devolvía la luz en brillo cegador.

—Godson tomaba las curvas del pasillo como un «as» del volante sobre la pista de carreras. Poseído de un frenesí de vértigo, no dio ninguna orden de disminuir la marcha, aunque el camino por el que avanzaban disminuía de anchura.

—Si nos damos un golpe a esta velocidad y sobre una de las paredes, rebotaremos trágicamente sobre la otra y nos haremos papilla —comentó el coronel Fulton, al oído del federal—. ¿Teme que perdamos el tren? Yo me apearía si pudiera, muchacho...

—Temo que se hunda el túnel y que nos aplaste como cucarachas —contestó Dave, ceñudo—. ¿Qué le ocurre a esta tortuga, Godson?

—Voy a frenar a quince nudos para enfilar la salida, Dave; tanto si le gusta, como si no. Y cuando lleguemos a América presentaré una queja contra usted por...

—¡Por crueldad mental! —Ayudó el coronel—. Yo firmaré gustoso, a su lado, la reclamación. ¡Ahora, dese prisa, amigo mío!

La escotadura final se divisaba ya. Parecía acercarse, como una boca amenazadora. Unos cientos de yardas más y la habrían rebasado, o muerto; porque enfilarla con exactitud matemática era el quid.

Las aguas, que apenas oscilaban en el viaje primero, ahora se agitaban tumultuosamente al impulso de las hélices. El submarino era, entre ellas, como una barrica agitándose en el mar en medio de una tormenta. El techo se mantenía peligrosamente cerca, y no era de aire, sino la gran losa de una tumba.

—¡Atención al viraje! —gritó Godson—. Que los tripulantes se agarren a puntos bajos. ¡Vamos achocar! Choca...

La última palabra quedó incompleta: los golpes a babor y estribor fueron simultáneos, y a pesar de la advertencia, algunos pasajeros salieron proyectados hacia las paredes metálicas. Varias bombillas eléctricas estallaron y todo quedó a oscuras. Incluso el reflector delantero apagó su ojo luminoso.

—¡Ésta es la catástrofe! —exclamó Godson, en la oscuridad—. Si no se ha abierto una vía de agua, no estamos mal.

—No parecen oírse gritos de socorro —contestó Dave, plácidamente.

Una linterna eléctrica fue traída por un marinero y enfocada al exterior. Era como si hubiesen cambiado una luz de magnesio por una modesta cerilla. Apenas servía.

—¿Hemos de seguir corriendo, señor? —preguntó el comandante, volviéndose a medias hacia su invisible mentor.

—Mientras quede energía en los acumuladores —contestó el federal—. Guíe en busca de las zonas profundas.

—Nos persigue la aviación soviética con cargas de profundidad —añadió; humorísticamente, el coronel—. Haga caso, comandante.

—¡Qué estupidez! —exclamó Godson, obedeciendo.

—Todo es idiota, amigo mío, según se mire —continuó, el exprisionero—. Prefiero salvarme gracias a una tontería, que perecer ateniéndome al buen juicio. No sé la causa del pánico de Dave, pero... me asocio a sus deseos como...

Esta vez fue el coronel quien dejó inacabada su frase. Navegaban ya por el ancho mar Ártico, a bastante profundidad y libres de obstáculos. Sólo el techo helado los aprisionaba, a considerable altura. Sin embargo, sintieron la formidable explosión, que agitó las capas submarinas, y el

«L-37».

Fue impulsado hacia adelante con la velocidad de una bala.

Era como si un terrible monstruo lo hubiera escupido de sus fauces. Algunos témpanos de hielo se desprendieron de la techumbre sólida y oscilaron cerca, para flotar otra vez, siguiendo los inmutables principios de la física.

—El polvorín del castillo acaba de estallar —anunció Dave—. Gurin, héroe ruso, ha resistido en su agonía varios minutos más de lo que yo esperaba. Ahora voy a retirarme a descansar: me hace falta. ¡Gracias, Godson, y a usted, coronel! Pueden conducir el submarino a la marcha que deseen... hasta que se acabe el aire.

Se levantó, vacilante, y se dirigió a su camarote. Cerró la puerta, y buscó a tientas su litera. Le ardían las manos y la cara. Estaba consumido por la fiebre.

Intentó descansar, pero no pudo. Mil ideas cruzaban atropelladamente en su cerebro. Después de todo aquello vendría la consunción, el enrarecimiento progresivo del aire, la agonía por asfixia y la muerte. ¿Había conseguido algo o todo había sido un horrendo fracaso?

Le despertó del sopor la luz que alumbró el camarote. Manos diligentes habían reparado la avería eléctrica, y miró a su alrededor. Entre el desorden de menudos objetos caídos por el suelo estaba la cajetilla de cigarros, que puso a su alcance durante el entrenamiento para servir de control a sus nervios.

Se levantó y tomó uno. Lo puso sobre sus labios e iba a encenderlo cuando recordó. Saliendo al exterior, llamó:

—Fedor; Andrew, Grischa... ¡Venid un momento!

Los tres rusos aparecieron. Los invitó a pasar y cerró la puerta tras de ellos.

—Acomodaos —dijo— y tomad un cigarrillo. ¡Cuántos queráis! En ese armarito hay licor. Celebremos la primera parte de mi promesa: tabaco y bebidas americanas. Dentro de unas horas... ¡Bien, creo que iremos a hacer compañía a Gurin!

—Yo opino que lo peor ha pasado —comentó Fedor, sirviéndose generosamente en la misma botella—. Este «cacharro» marcha a las mil maravillas.

—Es que hemos de permanecer sumergidos un día entero y nos faltará el aire...

Le contestó una carcajada general.

—En Rusia estamos acostumbrados a no respirar desde hace años —exclamó Grischa, resumiendo el sentir general.

Las horas transcurrieron lentas, monótonas. Aunque por una elemental prudencia los rusos se abstuvieron de fumar con exceso, y, fueron servidas más botellas de licor y apetitosos manjares. Dave miraba su reloj de vez en cuando, a hurtadillas. Aun sin fumar, encendió alguna que otra cerilla para observar si la llama se ponía mortecina.

Consumido por la fiebre, atribuía su estado al envenenamiento del aire. Fue necesario que Fedor y los otros le asegurasen que no experimentaban ninguna sensación opresora. Sus pulmones se alzaban y bajaban rítmicamente.

—Llevamos seis horas de marcha y ya debíamos estar ahogándonos —murmuró—. Saldré a investigar en los otros camarotes.

Con inseguros pasos se dirigió hacia proa. Godson permanecía atento a la maniobra, sin mostrar la menor preocupación.

—Fallaron sus cálculos, comandante —dijo Dave—. ¿O encontró algún nuevo depósito de oxígeno?

—Mis cálculos estaban bien hechos, amigo mío —contestó John, con un brillo malicioso en las pupilas—. Tampoco apareció de bóbilis ningún recipiente de aire. Lo que ocurre y pretendía explicarle cuando me interrumpió es que...

Estiró la frase en una pausa interminable. Dave, intuyendo que aquello era una especie de castigo por su actitud anterior, esperó pacientemente. Parecía que una luz nueva, de esperanza, iba a alumbrar el sombrío camino de la nave.

—Jimmy me dio la idea al decidir quedarse con usted, Flescher

—siguió el comandante—. Si él no consumía aire, nosotros tampoco íbamos a gastarlo. Dejé un solo hombre a bordo, y los demás salimos al exterior.

—¡Pero yo no los vi! —protestó Dave—. Y emergieron, bien oportunamente por cierto, del agua.

—Detrás de la roca que tapaba la vista del castillo —corrigió Godson—. En realidad estuvimos aislados de usted por él barranco artificial que Orloff produjo con su rayo. Fuimos hacia allá siguiendo las huellas de Jimmy, y llegamos hasta el sitio por donde cayó al romperse la corteza helada.

—¡Ya lo había rescatado yo! —dijo el agente secreto.

—Pero nosotros no lo sabíamos y nos costó gran trabajo descender, formando cadena.

—Entonces, cuando estábamos a punto de ser fusilados... ¿ustedes se hallaban dentro del precipicio?

—¡Exacto! Cavando con nuestras herramientas escalones en el hielo. Los primeros tiros que sentimos nos estimularon y pudimos llegar a tiempo.

—Gracias a Olga, primero, y a Jimmy, después —aseguró Dave, conmovido—. ¿Qué tal sigue el muchacho?

—Duerme como un lirón, y el sueño es su mejor medicina. En cuanto a esa joven rusa, creo que debía usted hacerle una visita...

—¿Así? ¿Con esta facha? —dijo el americano, mostrando el traje desgarrado, lleno de suciedad y de sangre reseca—. ¡No estoy muy presentable! Esperemos a salir a la superficie.

—Si se afeita usted y se da un baño, le sugiero que utilice uno de mis uniformes de gala. Somos aproximadamente de la misma talla, y usted tiene la ventaja de estar soltero.

—¡Zascandil! —refunfuñó Flescher.

—Llámeme lo que quiera, pero haga los honores a «todos» los invitados a bordo —dijo el comandante, con ironía.

EPÍLOGO

Dos meses después, en una soleada mañana primaveral, un joven apuesto acudía a su cita con Olga Petrovich. Estaban en Nueva York, ante la puerta del Historical Museum de Richmond.

Atravesaron las espaciosas salas y curiosearon los cuadros expuestos en las paredes, las estatuas, las vitrinas abarrotadas de objetos...

—Aquí se resume parte de la historia de América, Olga —dijo Dave, con el brazo aún en cabestrillo—. Todo lo que amamos y reverenciamos tiene su más pura representación.

Los verdes ojos de la muchacha se clavaron en los grises de su interlocutor. Pese a ser de buena estatura, tenía que alzarlos unas pulgadas sobre su nivel.

—Es muy bonito —resumió ella—, y usted, muy amable. Durante los últimos días se ha desvivido por mostrármelo todo. No lo hubiera hecho mejor un representante de la Intourist, allá en Rusia.

—¡Pero yo no he marcado los itinerarios, Olga! —protestó el federal—. Usted misma me indicó lo que deseaba visitar, y estoy dispuesto a seguirla acompañando mientras dure mi convalecencia. ¡No tiene más que pedírmelo e iremos a dónde guste!

—Hemos visitado —dijo Olga, ensoñadora— los teatros y rascacielos de la ciudad, museos y parques. Fuera de ella, fábricas, astilleros y minas, aeródromos y dependencias oficiales. Espero...

—¿Qué? —atajó Dave, con la ilusión brillando en sus pupilas—. Aunque no pienso abusar de su calidad de forastera, desearía hacerla varias preguntas.

—Lo sospechaba —resumió Olga—. ¡Más pronto o más tarde tendrían que venir los interrogatorios! Pregunte, pero no diré nada contra mi país. Me gusta éste y comprendo que sus habitantes son felices, pero aquélla es mi patria. ¡Usted debe comprenderlo!

La sonrisa de Dave se hizo más atrevida. Tomó a la joven de un brazo y la condujo hasta un taxi. ¡No era un coche celular, pero tanto daba en un país extraño!

—¿Adónde? —preguntó el chófer, llevándose la mano cortésmente a la visera.

—No sea hipócrita —estalló Olga—: ¡demasiado lo sabe usted! ¿O pretende hacerme creer que no es un «poli» disfrazado?

—Vamos al Bronx: a la Gun Hill Road y cerca de la bahía —intervino el federal—. Ya le daré luego la dirección exacta.

Olga no había podido comprender aún la dificultosa denominación de las calles. Aquella era pintoresca, formada toda ella por hoteles de una y dos plantas, y se detuvieron frente al que indicó Dave. Al despedir el automóvil, Olga se quedó observando cómo se perdía a lo lejos.

—En Rusia, los hombres de la Policía no admiten propinas —comentó despectivamente—. ¡Los meteríamos en la cárcel solo por eso!

—Aquí, no —dijo Dave festivamente—. Los dejamos que prevariquen un poquitín antes de echarlos, y nunca los enviamos a Siberia. Únicamente les decimos: «Vete a tu casa».

—Ahora me aplicarán el tercer grado —siguió la rusa, que parecía luchar contra sus prejuicios anticipándose a ellos—. ¡Le aseguro que no me harán hablar!

—Lo hará sin que nadie le pregunte, Olga. Llame usted misma a la puerta...

No hizo falta. Rostros ávidos los contemplaban desde dentro y alguien abrió. Olga vio a Boris, embutido en una bata blanca, que salió a recibirles con muestras de alegría. Detrás de él, formando cortejo, aparecieron Fedor, Grischa, Andrew y el excautivo ruso. Formaban una ruidosa y agradable comunidad.

—¡Gracias a Dios que te veo, hijita! —exclamó el sabio—. Creí que te habían secuestrado.

—Lo mismo pensé yo de ustedes —contestó Olga—. En realidad sólo temía por ti, Boris... Éstos —añadió, mirando con aire de sospecha a los otros rusos— están vendidos al enemigo.

Fue Fedor el que habló, atajando a todos:

—En Rusia me enseñaron que las fronteras es una creación imperialista, y por ello estoy en América como en mi propia casa.

Tengo aquí ciertas ventajas que nunca hallaría en el «koljós» ni en la granja colectiva, y empleo la semana de cuarenta horas en beber, fumar y pasearme... ¡por donde me da la gana!

—Bueno: les dejo que resuelvan sus asuntos familiares —dijo Dave, retirándose—. Vendré dentro de una hora y, mientras tanto, traten de convencer a este ángel de genio endiablado.

El federal se alejó, en efecto, hacia la masa verde que bordeaba la pintoresca bahía. A lo lejos se observaban los islotes del estuario de Long Island South.

—¿No os han sometido a interrogatorio? —preguntó la joven—. ¿No hay policías en la casa?

—Recorre tú misma las habitaciones y convéncete de ello —dijo Fedor, riendo—. ¡Eh! No se te ocurra mirar debajo de mi cama...

Olga siguió la sugerencia. Visitó las dependencias del hotel y sólo una encontró cerrada. La llave estaba puesta —¡eso, sí!—, pero se abstuvo de mirar dentro de ella.

El piso de arriba parecía una casa de muñecas. Cada habitación con su cama, y en todas ellas detalles de lujo y de buen gusto. Teléfono, televisión, una magnífica nevera en la cocina, baños, biblioteca... No había barrotes en ninguna ventana y, desde luego, para ser aquélla una prisión, resultaba confortable.

«Todo el país debe ser un inmenso presidio pensó Olga, recordando el suyo. —¿Adónde van a ir mis amigos a pie y sin dinero?».

A pesar de la advertencia de Fedor, su curiosidad femenina pudo más y miró debajo de la cama. Si esperaba encontrar un «cop», se llevó chasco: lo único que había era una gran cantidad de botellas vacías y envolturas de cigarrillos. ¡Fedor los coleccionaba con ternura!

Cuando la joven volvió a reunirse con sus compatriotas, no se había disipado del todo su ceño. Les preguntó:

—Y esa habitación cerrada, ¿qué significa? No quise entrar...

Boris bajó la cabeza, avergonzado.

—Es mi laboratorio —dijo.

Olga suspiró con tristeza.

—Ya me parecía a mi... ¿Estás vendiendo tus secretos?

El sabio no se atrevía a alentar. Sacudiendo la cabeza con abatimiento, contestó:

—Llevas razón, Oiga. ¡He delinquido! Acompañadla a que vea mis trabajos, muchachos. ¡Yo no podría!

Grischa y Andrew tomaron de las manos a su bella compatriota. Fedor cerraba el cortejo, silencioso.

Llegaron así a la habitación, y el hombre de Kiev abrió la puerta y encendió las luces fluorescentes. Sobre una amplia mesa, forrada de azulejos, se alzaban aparatos extraños. Un ventrudo depósito, de cobre recibía el calor suave de un horno eléctrico y por un serpentín de cristal —refrigerado— descendía un líquido ambarino.

—Ésta será la nueva plaga contra la Humanidad —anunció Fedor con aire compungido—. ¡Brindemos por ella!

Y se echó al colete, «in continénti», un trago de «veneno». Chascó los labios y pasó la vasija, a la moda rusa, a sus amigos. Boris se había acercado de puntillas a la habitación y contemplaba la escena.

Olga, sintiéndose burlada por la pantomima, tomó a su vez el recipiente y lo probó. Era algo muy fuerte, indudablemente, pero que esparcía un grato hormigueo.

—Vodka —murmuró—, y magnífico...

—Es mi último invento —exclamó Boris, apareciendo ante los ojos de la muchacha—. ¡Del otro no me acuerdo, ni quiero! Este fuego no puede carbonizar a la gente; si acaso, hacerla dormir con cierto calor artificial.

Un sollozo escapó de labios de la muchacha, subiéndole del corazón a los labios. Sin despedirse de sus amigos salió corriendo en busca del federal, y le costó algún trabajo encontrarlo. Estaba rodeado de niños, en el parque, y les repartía golosinas y caricias.

—Pregúnteme lo que deseaba saber, Dave —dijo la joven rusa.

El americano hizo una seña y la grey infantil se dispersó lanzando gritos y carcajadas. Luego, tomando a la joven de un brazo, la llevó al rincón más discreto y acogedor de aquel inmenso jardín. Frente a ellos se alzaba el mar, y algunas gaviotas abrían sus alas como inmensos paréntesis. Un barco mercante se alejaba de la ciudad, lanzando adioses con la sirena.

En un asiento propicio, aislado y solitario, Dave hizo sentar a la joven. Fijó en los ojos esmeralda los suyos, grises como el acero, donde brillaba una luz nueva y extraña.

—Son dos preguntas, Olga, y si quiere, puede no contestar.

¡Nadie le obligará!

—Acabemos de una vez —se impacientó ella—: he venido dispuesta a satisfacer su curiosidad. Durante el viaje hasta América, y después, me han tratado con excesiva bondad. ¿Es así como catequizan ustedes a la gente?

—Exactamente. ¡Así es! —contestó Dave.

—Vengan, pues, esas preguntas. Si he de pagar su hospitalidad..., ¡estoy dispuesta!

El yanqui pareció reflexionar, aunque desde mucho tiempo atrás sabía «lo que deseaba».

—¿Está contenta aquí, Olga?

—Pues..., sí. ¡Sí que lo estoy! ¿Qué más?

—Una sola cosa, ya. Y, por favor, le ruego que medite antes de contestarme. De usted depende la felicidad de Rusia y de América.

La pausa se hacía interminable. Al fin, Olga estalló:

—¡Vamos! ¿Qué es ello? ¿Desea saber lo que hice con las fórmulas o si hay otro invento parecido en mi país?

Dave sonrió, tomando las manos de la joven. Su boca se acercó peligrosamente, con un principio de temblor en los labios.

—Es algo mucho más sencillo, querida... ¿Quieres ser mi esposa?

FIN

COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!

WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 6 Ptas.

EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 6 Ptas.

AVENTURAS DEL F.B.I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F.B.I.

Publicación quincenal 1,50 pts.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,50 pts.

RECORTABLES
WALT DISNEY

a 0,50 y 1 pta.

FORT WINCHESTER
CONSTRUCCION
de DOCE láminas
a todo color
15 ptas.

F. B. I. ¡ LA COLECCION SIN RIVAL !

NOTAS

[1] Histórico. (N. del E). < <